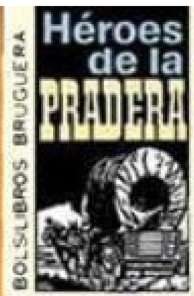
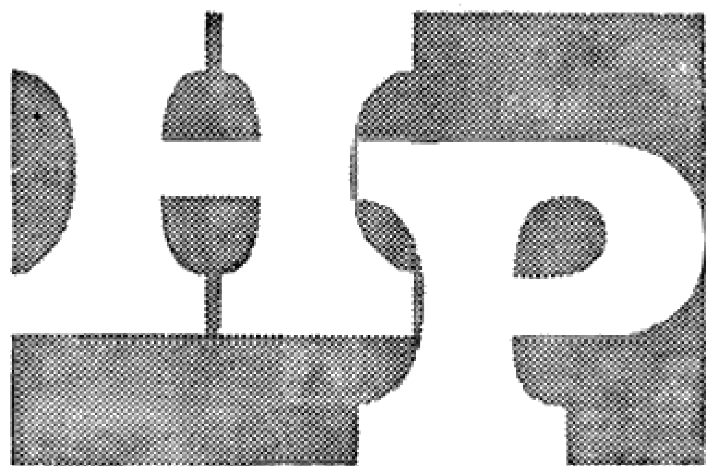


Silver Kane

LOS COMPAÑEROS DEL DIABLO





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LOS COMPAÑEROS DEL DIABLO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 147
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

ɔITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 35.115 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: octubre, 1972

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.281. — No dispares, Ketty Loy.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.160. — Un ataúd forrado de rojo.

En Colección SALVAJE TEXAS:
738. — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:
666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:
973. — «Caradura» City.

En Colección BRAVO OESTE:
614. — ¡Dame masajes, chico!

En Colección COLORADO:
637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:
751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:
541. — Un verdugo en Nueva York.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:
145. — La ruta de los demonios.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
78. — Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:
15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.

CAPITULO PRIMERO

Un rayo de luz penetraba por la ventana. Era la luz del amanecer y tenía todavía un color feo, gris.

La mano tomó la pluma de ave que estaba sobre la mesa, la mojó en el tintero' y escribió sin vacilar sobre la hoja de papel:

«He sido traicionado. Estoy en gravísimo peligro y mi muerte es casi segura. Quiero que, una vez haya sido enterrado, cumpláis lo que me prometisteis y para lo cual os he venido pagando yo durante todo este tiempo.

«Llegaréis a Abilene por separado y empleando caminos distintos, pero trataréis de estar allí el quince del próximo abril. Una vez en la ciudad oiréis hablar en seguida de un hombre llamado Faulkner. Lo que tenéis que hacer con él es bien sencillo: Matarle.

«Procuraréis que sufra.

«Como seréis tres, y trabajando por separado, si uno falla acertará el otro. Pero cuando termine el mes de abril, Faulkner ya debe estar enterrado. Vosotros sois mis compañeros y los únicos en quienes ahora confío.»

La mano terminó de trazar estas líneas, con letra segura y firme, y copió a continuación el mismo texto en otras dos cartas exactamente iguales. De modo que quedaron tres cartas que decían lo mismo. A continuación las firmó con estas dos palabras:

«El Diablo.»

Las dobló cuidadosamente y dijo:

—Los sobres, por favor.

La luz que entraba por la ventana enrejada se iba haciendo más clara por momentos. El hombre que había permanecido quieto junto a la puerta avanzó con tres sobres en blanco.

Este hombre llevaba al pecho una estrella de comisario y al cinto

un «Colt» 45 que era capaz de sacar en fracciones de segundo. El comisario de más confianza del sheriff.

Puso los tres sobres encima de la mesa y contempló la ventana de la celda. Esa luz fue a proyectarse sobre los cabellos de la persona que estaba sentada tras la mesa.

—Deben ser muy interesantes esas cartas… —dijo el comisario.

—Mucho.

—¿Ya tiene la seguridad de que no van a leerlas? Toda la correspondencia de los presos es revisada antes de salir de aquí.

—El sheriff me prometió que conmigo haría una excepción.

—¿Y cómo fue? ¿Una especie de última gracia?

—Exactamente.

—Pero aún no está todo perdido. Aún puede llegar el indulto del gobernador y quedar la ejecución en el aire.

—No. Sería tonto hacerse ilusiones. A mí me colgarán. Faltan sólo cuarenta y ocho horas. Y esta noche he oído a los carpinteros que empezaban a trabajar en el patíbulo.

—No es eso. Es que están construyendo una tribuna en el patio.

—¿Cree que me engaña?

—Bueno… Puede que realmente hayan hecho algo en el patíbulo, pero eso no significa que esté terminado. Oiga… Tiene usted agallas.

—¿Es que pensaba otra cosa?

—No, claro que no. Después de matar a tanta gente lo lógico es que no le asuste la muerte. Pero pocas veces se encuentra a alguien que la mire con tanta frialdad.

Las cartas fueron introducidas en los sobres, y los sobres cerrados cuidadosamente.

A continuación la misma mano que había trazado los textos puso las direcciones.

Estas correspondían a tres lugares bien dispares de Estados Unidos. Una carta tenía que ir a Sacramento, en California; otra a Phoenix, en Arizona, y la tercera a Topeka, en Kansas.

La persona que las había escrito tendió los sobres al comisario.

—Entréguelos personalmente al sheriff. Cuento con su palabra de honor de que no serán abiertas y de que se cursarán sin pérdida de tiempo.

—Si el sheriff ha dado su palabra la cumplirá.

—Eso espero.

El comisario volvió a retirarse hacia la puerta y la abrió en el momento en que alguien más se disponía a entrar en la celda. Era otro comisario —éste un poco más joven— armado también con un «Colt» 45.

El recién venido susurró:

—El relevo, Charlie.

—Llegas a tiempo. ¿Se ha levantado ya el sheriff?

—Acabo de dejarle en su oficina, bebiendo.

—He de entregarle estas cartas. ¿A qué hora debo relevarte?

—A las dos de la tarde.

—Buena suerte.

—No temas; no me descuidaré.

Charlie, el comisario que llevaba los tres sobres en la mano, desapareció pasillo adelante.

El joven comisario que había acudido a relevarle se quedó inmovilizado en la puerta, mirando atentamente, con extraña fijeza, a la persona que aún continuaba sentada tras la mesa.

—Lo siento —dijo lentamente—. Siento que esto tenga que ocurrir…

* * *

Las cartas fueron entregadas al sheriff y éste, por un momento, estuvo tentado de abrirlas y enterarse de su contenido, cosa que por otra parte estaba obligado a hacer. Pero había dado su palabra de honor, y no podía ahora faltar a ella. Además en aquellas cartas consistía la última gracia que le había pedido un condenado a muerte.

Fue a la casa de postas y las entregó para que las cursaran.

Luego volvió a su oficina, se sentó ante su mesa y siguió bebiendo, hasta vaciar la botella de whisky que había tenido guardada en uno de los cajones.

Los tres sobres siguieron cada uno su rumbo, a través de la extensa geografía de Estados Unidos.

El primero en recibir su carta fue un hombre que vivía en Topeka y que se llamaba:

Frank Yersel.

Frank Yersel, cuando recibió la carta estaba en la puerta de un

saloon besando a una bailarina.

El mismo mayoral de la diligencia, que le conocía, fue quien se la entregó.

—Eh, tú.

Frank soltó a la bailarina, contempló al de la diligencia con una mirada asesina y agarró sin decir palabra el sobre que este le tendía.

—¿No podías haber venido en otro momento?

—Sí, ya he visto que estabas ocupado…

—Otro día te partiré la cabeza.

—No te lo tomes así. Puede que la carta sea importante.

—¿Conoces tú algo más importante que una chica como ésta?

La bailarina, que se deshacía por ver molerse a puñetazos a dos hombres, susurró:

—Pártele la cara, cariño.

Frank Yersel movió el brazo derecho y clavó el puño como una catapulta en el mentón del mensajero, que cayó hacia atrás como si le hubiera fulminado un rayo.

Después de chocar con las tablas del porche, se levantó con los ojos inyectados en sangre, dispuesto a responder a la agresión. Pero le bastó ver la mirada fría y gris de Yersel —una mirada de verdadero asesino— para que sus ansias de combate cesaran como por encanto.

Se frotó el mentón, que le dolía como si se lo hubieran partido en dos.

—Bueno, yo ya he entregado la carta —dijo.

Frank Yersel rió.

—Y yo te he dado ya la propina.

El mensajero fue a alejarse, pero Yersel le hizo una zancadilla y lo derribó de nuevo, estrepitosamente, sobre las tablas del porche.

—Otra vez, cuando te den propina, da las gracias —advirtió.

Tomó a la bailarina de un brazo y dijo:

—Vamos, nena.

Entraron en el saloon.

Sentados a una mesa —donde una camarera se apresuró a poner en seguida dos copas de licor—, Frank Yersel abrió la carta.

La leyó, y sus facciones palidecieron.

—¿De quién es? —preguntó la bailarina—. No me digas que es de otra mujer porque voy a buscarla y le clavo en los ojos los

tacones de mis zapatos.

—¡No!, no es de ninguna mujer.

—¿De quién, entonces?

—Del Diablo.

La bailarina se sobresaltó, y sus ojos demasiado pintados brillaron con un reflejo de temor. Se dio cuenta de que Frank Yersel hablaba en serio. Pero no lo entendía.

—Estoy de acuerdo —dijo con un soplo de voz— en que seas uno de los hombres más temidos de Kansas. Pero de eso a recibir cartas del diablo…

—El Diablo es el apodo que se ha dado un hombre, al pistolero más audaz de todo el Sudoeste. Un tipo incomparable al que todo el mundo ha oído nombrar. Y tú misma sabrías algo más de él si no fueses una perdida idiota…

—Frank, cariño, yo no he querido irritarte…

—Lo estás consiguiendo.

La bailarina puso los labios en forma de piñón y los acercó a él por encima de la mesa. Pero Frank Yersel era un tipo brutal a quien lo mismo importaba maltratar a una mujer que a un hombre. Movió la mano y golpeó rudamente los labios de la bailarina, haciéndola caer hacia atrás.

Cuando ella se levantó, volviendo a sentarse frente al pistolero, flotaba en sus labios maltratados una sonrisa rastrera.

—Frank, cariño… —susurró.

—Déjame en paz. He de marcharme de aquí.

—¿Por qué?

—La carta viene de Salt Lake City, y por lo que parece el Diablo va a ser ejecutado allí. Necesito llegar a tiempo y hacer algo para salvarle. Quizá no sea demasiado tarde.

—Pero ¿por qué? ¿Qué interés tienes? Si ni tan siquiera lo conoces…

—El interés que tengo es puramente monetario, idiota. El Diablo conoció mi fama de pistolero y me escribió una carta hace seis meses diciéndome que me pagaría todos mis gastos en Topeka con la sola condición de que yo estuviese listo si alguna vez me necesitaba. Desde entonces ha venido enviándome puntualmente quinientos dólares cada mes, y yo he vivido como un príncipe sin hacer absolutamente nada. ¿Crees que ahora voy a dejar que

ahorquen a mi gallina de los huevos de oro?

—Pero eso te puede costar la vida.

—¡Bah!

—¿Cómo llegarás allí?

—La carta ha venido en la diligencia, dando un rodeo, pero yo emplearé el tren. Puedo hacer dos combinaciones y llegar en cuarenta y ocho horas a Salt Lake City.

Se puso en pie, sacó su revólver derecho y lo volteó tres veces en el aire con esa habilidad que sólo tienen los que han nacido agarrados a un «Colt».

—Además quiero saber cómo están las chicas por allí… Ya te enviaré como recuerdo las espuelas del sheriff y los pendientes de una docena de bailarinas, nena.

La segunda carta llegó a Sacramento, en California. El destinatario era un tipo llamado:

Tex Liman.

La carta llegó a él en el momento en que se disponía a batirse en un duelo a revólver con dos hombres a la vez.

Estaba en el centro de la calle, bajo el sol aplastante de California, y los dos tipos a quienes pensaba matar se encontraban a unos quince pasos de distancia.

Ninguno de los tres había tocado aún sus revólveres, pero sus manos estaban ligeramente crispadas a la altura de las culatas.

El criado mexicano que tenía Tex se acercó dando saltitos sobre el polvo de la calle.

—Patronsito, una carta…

—Vete al diablo. ¿No puedes esperar a que haya matado a esos dos?

—Que a lo mejor es una invitación de bodas, patronsito, y si me lo liquidan no podrá dar el beso a la novia…

—Si es una invitación de bodas mejor. Porque así podré enviar como regalo a esos dos tipos conservados dentro de un barril de whisky.

Los hombres que estaban frente a él se estremecieron imperceptiblemente, sintiendo que la sangre se les helaba ante la seguridad de la palabras de Tex Liman. Porque Tex nunca lanzaba bravatas. Cuando decía una cosa, por increíble que fuese, es que estaba dispuesto a hacerla.

El criado mexicano, que se hallaba cerca de él, con la mano extendida ofreciendo la carta, retrocedió poco a poco.

Tex no le había mirado ni una sola vez, y las respuestas habían surgido de sus labios mientras sus ojos estaban fijos en los dos enemigos.

—¿De dónde viene? —preguntó.

—De Salt Lake City.

—Está bien. Vete abriéndola para ahorrarme trabajo. Cuando hayas desdoblado el papel, yo ya habré terminado con esos dos.

Tensó un poco más el cuerpo y rugió:

—¡«Sacad»!

Sus dos enemigos se movieron a la vez, tirando de sus revólveres con velocidad de vértigo, mientras los espectadores del desafío lanzaban un grito. Parecía increíble que alguien pudiera matar a aquellos dos tipos con la suficiente rapidez para que, al menos uno de ellos, no le acribillara a él.

Pero Tex Liman lo hizo.

Sus dos revólveres brotaron a la luz y se pusieron en línea de tiro como si fueran una prolongación de sus manos. Dos llamas color naranja brotaron de los cañones cuando aún sus enemigos no habían podido levantar las armas. Alcanzados en el centro de sus cabezas, los dos se doblaron trágicamente sin poder ni siquiera apretar los gatillos.

Tex Liman sopló alternativamente en el cañón de sus dos revólveres y luego los guardó de nuevo.

Se volvió hacia su criado sin dirigir una sola mirada a los dos cadáveres rígidos sobre el polvo de la calle.

—¿Qué hay?

—No sé con quién se tratará usted, patronsito, pero esto viene firmado por el Diablo.

—¿El Diablo? —rió Tex Liman—. Sí, creo que le gané una vez la cola y los cuernos en una partida de naipes. A ver, déjame.

Leyó la carta, y sus facciones coloreadas por la emoción del combate palidecieron un poco.

—Tendré que marcharme —gruñó.-

—¿A dónde?

—Aquí dice que a Abilene, pero creo que iré primero a Salt Lake City.

—No me dirá que tiene una cita con el Diablo, pa-tronsito.

—Algo parecido.

—¿No será con ese tipo que le envía dinero todos los meses?

—Aciertas.

—Entonces es viaje de negocios, ¿eh?

—Viaje de negocios para mí… y viaje eterno para los que intenten matar al que me paga.

Dobló la carta con nerviosismo, la introdujo en el bolsillo superior de su camisa y se encaminó a grandes zancadas hacia la casa de postas para preguntar cuál era la primera diligencia que salía para el norte, hacia Utah, hacia la tierra de los mormones.

La tercera carta, por fin llegó a su destino ese mismo día en Phoenix, Arizona. El hombre que la recibió estaba en un cementerio y se llamaba:

Johnny Lancaster.

El hombre a quien el municipio había contratado para distribuir la poca correspondencia de la ciudad, penetró por entre las lápidas del cementerio y se rascó la cabeza con un gesto dubitativo.

—No es posible que ese tipo esté aquí —dijo en voz alta.

Y de pronto lo vio.

Era un joven rubio, alto, vestido completamente de azul, y bajo cuya camisa pegada al cuerpo por el sudor se adivinaba potente una musculatura de atleta.

Estaba trabajando con una pala y arreglando una tumba sobre la que había clavado una lápida.

El de la correspondencia se acercó, y notó entonces que el joven dejaba de trabajar y tapaba la lápida con su cuerpo.

—¡Uf! Nunca creí que tuviera que venir a buscarle hasta este sitio.

—¿Qué ocurre? —preguntó el joven.

—Le traigo una carta.

—A ver. Démela.

—¿Usted es Johnny Lancaster?

—Yo soy.

—Tome. ¿Qué diablos está haciendo?

—Arreglar una tumba.

—¡Pues vaya una diversión!

—Es una carta urgente, por lo que veo.

—Sí. Ha llegado en el último correo, y he venido a traérsela expresamente. ¿De quién es esa tumba?

—De un muerto.

—Eso no es decir nada. ¿Qué pone en esa lápida?

Y ladeó la cabeza para poder leerla. Pero Johnny Lancaster giró un poco sobre sus talones y le siguió impidiendo la visión.

—Tome medio dólar —dijo—. Y lárguese.

—Bueno, hombre, no se ponga así…

Aprovechando el momentáneo descuido del joven, que estaba rasgando el sobre, el recién llegado se ladeó un poco y pudo leer la inscripción recién grabada en la lápida. Aquella inscripción le hizo palidecer primero, luego abrir la boca y por fin lanzar una especie de gruñido gutural que se le quedó como clavado en la garganta.

Porque la lápida decía sencillamente:

A JOHNNY LANCASTER Descanse en perpetua paz

El de la correspondencia palideció. ¡De modo que aquel tipo había estado trabajando en su propia tumbal

—Bueno… —susurró—. No necesito su medio dólar. Gracias.

Dio media vuelta y salió disparado del cementerio de Phoenix, un cementerio que crecía cada vez que una nueva banda de forajidos llegaba a la ciudad.

El joven vestido de azul leyó la carta y luego susurró como para sí mismo:

—Está bien. Iré a Salt Lake City por si aún es posible hacer algo. Puede que me convenga empezar a trabajar…

CAPITULO II

Los tres «compañeros del Diablo», los tres hombres designados para vengarle, no fueron, pues, a Abilene, sino que intentando todavía salvar su vida llegaron a Salt Lake City.

Aunque empleando muy distintos medios de locomoción —tren, diligencia y caballo, todo a ratos— llegaron a la ciudad el mismo día, justamente una semana después de haber sido expedidas las cartas.

Para entonces el Diablo ya tenía que haber sido ahorcado y sus huesos tenían que reposar en una pacífica tumba.

Pero los tres hombres notaron algo raro en la ciudad, algo que despertó su sexto sentido y les advirtió de que allí se preparaba algún gran acontecimiento.

Por lo pronto, el gobernador estaba en la ciudad.

Y no parecía haber venido para liquidar cualquier asunto con la secta de los mormones, sino por otra causa.

Los tres «compañeros del Diablo», que no se conocían ni habían oído hablar jamás uno de otro, penetraron en la ciudad por distintos puntos y se alojaron en diferentes hoteles. Johnny Lancaster y Frank Yersel amarraron por casualidad juntos sus caballos —dos excelentes animales acabados de adquirir— pero no se dirigieron la palabra. Ni siquiera llegaron a mirarse.

Frank Yersel, a quien gustaba de vivir bien fue al hotel de más lujo que había en Salt Lake City.

La dueña era una viuda de veintiocho años, que seis meses antes se había casado con el propietario, un tipo de sesenta. Y el propietario ahora estaba muerto, pero el hotel no. El hotel estaba la mar de reluciente.

Y la viuda también.

Frank Yersel le enseñó los dientes, le largó un manotazo para

atraerla hacia sí y la mujer apenas pudo librarse.

—Esos no son modos de… —empezó a decir.

—Más tarde me lo pedirás tú, nena. Y puede que no te lo dé.

—Dígame si quiere una habitación o lárguese.

—Quiero saber qué es lo que pasa en esta ciudad.

—Está el gobernador.

—¿Y qué? ¿Por qué ha venido?

—No sabía si indultar al Diablo.

Frank Yersel empequeñeció los ojos, y en el fondo de sus pupilas brilló una peligrosa lucecita.

—¿Lo ha indultado?

—No, claro que no.

—Yo pensaba que la ejecución se habría efectuado ya. Que todo habría terminado.

—Poco falta.

—¿Cuándo es la «fiesta del lazo»?

La viuda consultó el reloj que había detrás del *comptoir*.

—Dentro de media hora.

—¿Tan pronto?

—No le entiendo. Primero dice que creía que ya todo estaba terminado y ahora dice que la ejecución le parece muy pronto. ¿En qué quedamos?

—Es que después de verte a ti he perdido la noción del tiempo, nena.

—¡Estese quieto…!

—¡Algún día te arrepentirás de haberme rechazado, estúpida!

—Como tú los tengo a docenas tirados por el suelo, para que me limpien los zapatos con la lengua.

Frank Yersel comprendió que aquella no era como las otras, que tenía más temple. Hizo marcha atrás.

—En resumen, ¿cómo es que se ha demorado la ejecución del Diablo?

—Porque el gobernador tenía sus dudas, y ha aplazado por dos veces la fiestecita. Al fin se ha decidido, y dentro de media hora todos podremos ver balancearse su cuerpo.

Hizo una pausa y añadió, chasqueando la lengua:

—¡Ya era hora de que matasen a esa arpía…!

Frank Yersel se quedó como quien ve visiones, y su boca se abrió

de asombro sin que pudiera evitarlo.

—¿«Esa» arpía? —susurró—. ¿Es que es una…, una…, una…?

* * *

La mujer se puso en pie.

A pesar de que vestía sencillamente, a pesar de que en su rostro había quedado como petrificada esa mueca trágica que precede a la muerte, seguía siendo soberanamente hermosa.

Lucía un ceñido vestido negro, sin duda el mejor que tenía. Sobre su amplio y níveo escote resaltaba un collar. Se había peinado con esmero, se había aplicado unos toques de rouge y a cada paso que daba hacia la puerta sus caderas ondulaban como las de una sirena.

Parecía que fuese a una función de gala o a un concierto en vez de ir hacia la horca.

Desde el pasillo, los dos guardianes la miraron.

Uno era Charlie. El otro era el que al entrar en la celda había dicho a la mujer que sentía lo que estaba ocurriendo.

Las facciones de este último estaban casi lívidas.

Charlie musitó:

—Parece increíble que una mujer así haya podido cometer tantos crímenes, ¿verdad? Y que ella, con su soberana hermosura, no sea más que el Diablo, el forajido más cruel del Oeste.

—Por favor, Charlie, cállate.

—Tú harías cualquier cosa por salvarla, ¿verdad?

—Creo que sí.

—¿Te has enamorado de ella?

—¡Cállate!

—Ya veo que sí. El amor que sientes por ella te ha llenado de tal modo que estás reventando por los cuatro costados. Pero esto que te ocurre es el colmo de la mala suerte.

—Quisiera que me tragase la tierra.

—Claro. Se comprende… ¡Estar enamorado de ella y haber sido elegido tú precisamente para ponerle la soga al cuello!

—Faltan pocos minutos para la ejecución. ¿Por qué no te callas?

—Porque te compadezco.

—No sé aún por qué me han elegido… ¡No sé aún qué condenada idea ha tenido el sheriff! ¡Merecería la muerte sólo por

eso!

—El sheriff ha pensado, sencillamente, que no quiere hacer sufrir a esa mujer. Y como en esta pacífica ciudad no hay verdugo titular, ha elegido para la ejecución al hombre más hábil que se conoce manejando el lazo. No me dirás que no eres un experto en hacer nudos y en lanzar la cuerda. Antes laceabas una res a cualquier distancia y sostenías una casa entera con tal de que te dejaran hacer dos nudos en un cabo de soga. Por eso te ha elegido el sheriff. Tú la matarás instantáneamente.

—Yo… Precisamente yo…

—Al menos tienes la oportunidad de no hacerla sufrir, Sammy.

En la frente de Sammy habían aparecido unas frías gotitas de sudor. Estaba lívido.

—¡Condenación! ¡Pero yo no quiero matarla!

—Si otro lo hace, será peor para ella.

Sammy apretó los puños, mientras se mordía el labio inferior. En aquel momento se hubiera echado de rodillas a los pies de la mujer. Una cosa que no podía explicar, una sensación dolorosa como un ácido, lo devoraba por dentro.

En aquel momento la mujer detuvo su paseo, y su soberbia figura quedó enmarcada en la puerta.

—¿Es que ha llegado la hora? —preguntó—. ¿Me esperan por eso?

—Aún faltan unos segundos —dijo Sammy.

En aquel momento se oyeron pisadas recias sobre las losas del comedor. El sheriff, acompañado de dos guardianes, se acercaba a la celda. Todo estaba ya preparado para la ejecución. Los guardianes llevaban un rifle cada uno, con una bala en la recámara.

Se detuvieron junto a la abierta puerta de la celda.

—Ha llegado la hora —dijo el representante de la ley.

La mujer se acercó al umbral. Sus facciones estaban tranquilas y no había el menor temblor en sus párpados. Todos pensaron lo mismo: «Parece que vaya a una fiesta…»

Y, en efecto, iba. Iba a una «fiesta de lazo».

—Lo siento —musitó Charlie—. Tendré que atarle las manos.

—Hágalo.

Ella misma se las ofreció y Charlie descolgó de su cintura una cuerda que tendió a Sammy. Este era el mejor técnico en lazos que

habían conocido en Salt Lake City. Aunque sus dedos temblaban, hizo un trabajo perfecto con las manos y las muñecas de la mujer.

—¿Es posible que tú seas el Diablo? —musitó Sammy—. ¿Es posible que éstas sean las manos de un asesino?

—¿Es que hay todavía alguna duda? —preguntó secamente la mujer, con un acento arrogante y casi cínico.

—Basta de vacilaciones, Sammy —gruñó el sheriff—. Recuerda que tú eres el verdugo.

La condenada levantó los ojos y miró a Sammy. Se hallaban separados por muy poca distancia, apenas un paso. El nudo acababa de ser terminado y sus manos aún estaban unidas.

En la mirada de la mujer no había rencor. Sus ojos, por el contrario, tenían el brillo de los de una mujer seductora que se despide de su último amor. Sus labios sonrieron y musitó:

—Bravo, Sammy.

No dijo nada más. Sammy sintió que el sudor helado llegaba ya por sus mejillas hasta las comisuras de su boca.

—Procuraré no hacerte sufrir —musitó.

Aún continuaban con las manos unidas. Al sheriff le irritó aquella situación absurda e insostenible.

—¡La hora ha llegado! —rugió—. ¡Vamos!

Y el cortejo de la muerte se dirigió al patio de la cárcel, donde ya estaba levantada la horca.

* * *

En el exterior, frente a la gran valla de troncos que separaba de la calle el patio de la cárcel, se había congregado una gran multitud.

Cosa rara en una ciudad del Oeste; la ejecución no era pública. El sheriff lo había dispuesto así para evitar disturbios, y numerosos guardianes armados vigilaban todas las puertas y ventanas de la cárcel, dispuestos a disparar a la menor señal de alarma.

Tres hombres se acercaron a la valla por distintos sitios y apartaron a los que tenían delante hasta colocarse en un buen sitio.

Desde allí podían ver la parte superior de la horca y un pedazo de soga que estaba floja. En cuanto aquel pedazo de soga quedase tenso y tirante, significada que un cuerpo humano colgaba de él y que la ejecución se habría consumado.

A pesar de que aquellos tres hombres se abrieron paso a codazos y sin demasiadas consideraciones, nadie se atrevió a protestar por ello. Tenían en su aspecto algo que estremecía y dejaba helada la sangre. No sólo era su corpulencia y sus fundas bajas, sino también la mirada inhumana de sus ojos. Si los pistoleros profesionales tienen un sello que los distingue, aquellos tres hombres lo llevaban en la cara.

Poco sospechaba el Diablo, en el momento de su muerte, que tres gun-men recién llegados a Salt Lake City estaban dispuestos a ayudarla.

Tex Liman fue el primero que se decidió.

En medio del silencio espectral que lo llenaba todo, se había oído ruido de pasos sobre las tablas del patíbulo que había al otro lado de la valla, y eso significaba que la ejecución iba a tener lugar de un momento a otro.

No podían perder un minuto.

Se despegó del grupo de personas que estaba junto a la valla y avanzó lentamente hacia una de las ventanas de la cárcel, donde pocos segundos antes había un guardián.

Pero ahora ese guardián había desaparecido, sin duda deseoso de ver la ejecución que iba a tener lugar en el patio.

Tex Liman acarició sus revólveres, se convenció de que nadie le vigilaba y fue a saltar la ventana para entrar en el edificio.

En aquel momento sonó un disparo.

Tex Liman se llevó una mano a la pierna derecha, alcanzada por la bala, y con la otra fue a desenfundar uno de sus «Colt». Vio al guardián que había disparado, un hombre situado en una lejana esquina de la cárcel. Había tirado a matar, alcanzándole sólo en la pierna por verdadero milagro.

El guardián volvió a disparar, y Tex Liman tuvo que arrojarse al suelo para no ser alcanzado, sin tiempo para sacar su revólver.

Quedó de bruces en el centro de una zona despejada, sin poder revolverse para disparar y sin poder huir con rapidez a causa de su pierna herida. Vio al guardián levantar su rifle a unas cuantas yardas de distancia. No podía fallar el disparo.

Supo que un segundo después le habría volado la cabeza.

En aquel instante dos hombres más —a los que Tex Liman ni siquiera conocía— se pusieron en movimiento. Uno de ellos, Frank

Yersel, disparó contra el guardián queriendo alcanzarlo en el corazón, pero sólo consiguió volarle la clavícula a causa de la rapidez con que tuvo que disparar. El otro, Johnny Lancaster, hizo fuego también, pero de modo que la bala restallase contra la esquina para obligar a retirarse a su enemigo.

Este cayó de costado y se arrastró velozmente para ocultarse tras el ángulo del edificio, mientras Frank Yersel disparaba otra vez y levantaba junto a sus botas un surtidor de polvo.

Los dos hombres corrieron y tomaron cada uno por un brazo a Tex Liman, arrastrándolo fuera de aquella zona descubierta.

El sheriff, dentro del patio, oyó las detonaciones cuando la condenada había subido ya al patíbulo.

Hubo entre todos los testigos un movimiento general de alarma. Algunos incluso echaron mano a sus «Colt».

—¡Que nadie dé un paso! —gritó el sheriff—. ¡Esto no es más que una maniobra para distraernos! ¡Mataré al que se mueva de aquí!

Y llevó la mano derecha a su revólver.

Nadie se movió.

Únicamente la mujer condenada a muerte, que estaba ya con el último peldaño terminó de subir al patíbulo.

Sammy subió con ella.

Y la cabeza de la mujer rozó entonces la cuerda.

* * *

Los tres hombres del exterior, los tres «compañeros del Diablo» habían llegado entretanto a una zona protegida, tras el porche de una casa.

Pero en realidad no corrían ya peligro alguno.

Guarecido el guardián tras la esquina del edificio, y bastante preocupado con su herida en la clavícula, nadie más había vuelto a acordarse de ellos. Todo el mundo estaba pendiente de la parte superior de la horca, visible por encima de la valla, y de la cuerda que aún continuaba floja. El rápido tiroteo había pasado como una escaramuza sin importancia.

Frank Yersel gruñó:

—Todo el mundo está pasmado. ¿Cómo te llamas tú, pistolero?

—Tex Liman.

—Yo soy Johnny Lancaster —dijo el tercero.

Frank Yersel los miró a los dos.

—¿A qué habéis venido a la ciudad?

—Puede que a lo mismo que tú —gruñó Johnny.

—¿Y a qué he venido yo, si puede saberse?

Johnny Lancaster extrajo del bolsillo superior de su camisa un papel doblado y lo desdobló ante los ojos de los otros dos hombres. Era la carta que recibiera, firmada por el Diablo.

Tex Liman sacó otra carta igual.

Y Frank Yersel otra.

—No podía estar solo —dijo Johnny—. Aquí explica que somos tres. Pero no podía imaginar que os fuese a conocer en estas circunstancias.

Tex Liman intentó ponerse en pie y le falló su pierna herida, volviendo a caer a tierra.

—Nada podemos hacer por salvarla… —susurró Johnny—. Y es una mujer. ¡Una mujer! Nunca lo hubiese creído.

—Una mujer hermosa —aseguró Frank Yersel con los ojos brillantes—. Si llego a saber que era ella la que me enviaba dinero… le hubiese pedido que me pagara también en besos.

Johnny miró la parte superior de la horca que se veía por encima de la lejana valla.

—Es extraño —susurró— que el destino nos haya reunido de este modo. Y es desesperante que nada podamos hacer ante este edificio rodeado de hombres armados hasta los dientes.

—Iremos a Abilene —dijo Frank con voz tensa—. Ya que no podemos salvar a esa mujer, al menos la dejaremos vengada.

Entre los dos ayudaron a incorporarse a Tex Liman y lo arrastraron hacia la zona posterior de las casas, donde tenían amarradas sus monturas, a poca distancia a una de otra.

—Haremos que te vea un médico apenas salgamos de aquí —aseguró Frank Yersel, mirando a Tex Liman.

Y en ese momento se oyó un grito de la multitud.

La cuerda que colgaba del patíbulo había quedado tensa.

* * *

Sammy había ceñido el lazo al cuello de la mujer, tras recomponer el nudo un par de veces para que quedase bien

ajustado.

El sheriff, que estaba en el último peldaño del patíbulo, gruñó:

—Estás haciendo un trabajo demasiado perfecto. ¿Es que quieres ganar un premio?

—Quiero que esta mujer no sufra.

—Bueno, apártate de ella de una vez.

Sammy se despidió de la mujer en voz baja.

—¡Basta! —gritó el sheriff—. ¡Terminemos con esta comedia!

—Ella ya está lista —dijo Sammy, volviéndose—, pero deben permitir que rece.

—Ha tenido la noche entera para eso. ¡Apártate!

Sammy se apartó.

La mujer quedó quieta en el patíbulo, rígida, con la cuerda ceñida al cuello.

Tenía la mirada perdida en el vacío.

Había llegado el último minuto del Diablo.

El sheriff alzó el brazo para dar la señal.

Sobrevino un instante de dramática quietud, de insoportable y lacerante silencio.

De pronto el sheriff bajó el brazo.

—¡Ahora! —aulló.

El hombre que estaba a un lado del patíbulo movió la palanca, y la trampa que la condenada tenía bajo sus pies se abrió de golpe.

La mujer lanzó un grito y su cuerpo quedó espantosamente doblado en el aire.

Luego quedó rígido, quieto.

La cuerda estaba tensa.

La ejecución había terminado.

CAPITULO III

Abilene tenía una hermosa calle Principal. Abundaban en ella los saloons, las casas dedicadas exclusivamente al juego, los hoteles de toda clase y los establecimientos de pompas fúnebres. Abundaban también las mujeres bonitas.

Frank Yersel, antes de enfilar con su montura la recta de la calle Principal, tiró de las riendas y dijo:

—Me parece que va a gustarme esto.

Los otros dos hombres que iban a su lado, Tex Liman y Johnny Lancaster, detuvieron sus caballos también.

—¿Por qué te gusta esto? —preguntó Tex.

—¿No te has fijado en las chicas?

—¡Pero si aún no hemos entrado en la ciudad!

—Yo las huelo a distancia. Fíjate en aquella que sale del saloon. ¡Qué formas y qué modo de moverse! Yo os digo que aquí vamos a pasarlo bien. Y puede que en este sitio eche raíces.

—Venimos a cumplir una misión peligrosa, no a divertimos.

—¿Y por qué vamos a cumplir esa misión? —dijo Frank Yersel —. Al fin y al cabo ella ya no va a pagarnos.

—¡Ella! ¡Qué extraña suena esa palabra!

—¿La visteis alguna vez? ¿Cómo os contrató?

—Por carta.

—Igual que a mí. Dijo que conocía mi fama de pistolero y que me enviaría mensualmente una cantidad fija si estaba dispuesto para cuando me necesitase. Como la cantidad era tentadora, acepté. Supongo que a vosotros os ocurrirá lo mismo.

Tex Liman movió pensativamente la cabeza.

—Sí. Y nunca pude imaginar que la persona para la cual iba a trabajar fuese una mujer.

—Y, según dicen, una mujer tan bonita.

—Nunca olvidaré —susurró Johnny Lancaster— el grito de la multitud cuando nosotros salíamos de Salt Lake City. Seguro que habían dejado a la gente entrar en el patio de la cárcel para ver el cadáver. Fue como un grito salvaje de entusiasmo y decepción al mismo tiempo. Creo que toda la vida estará resonando en mi cerebro.

—Sí, fue en parte un grito de decepción —dijo Tex Liman—. Seguro que todos querían ver el rostro de la muerta, pero le habrían puesto por encima una caperuza negra. Es la costumbre en estos casos. Y la gente debió sentirse como si la hubieran estafado.

—Lo que me pareció demasiada audacia fue volver por la noche —susurró Frank Yersel—. ¿Por qué lo hicimos? Ni yo mismo lo comprendo ahora.

—Todos estábamos como obsesionados por la muerte de esa mujer —contestó Johnny—. Todos. Y cuando la enterraron en el pequeño cementerio de los mormones no pudimos resistir la tentación de acercarnos para verla todos ocultos tras unos árboles. La enterraron en un ataúd de madera de pino, ¿lo recordáis? Y aquel tipo joven que la ahorcó, aquel fulano llamado Sammy y al que todos hablaban, también estaba allí. Su rostro se me ha quedado grabado y algún día lo convertiré en pedazos a golpes de culata.

—Ese honor queda reservado para mí —gruñó Tex Liman.

—Olvidemos de momento eso —murmuró Johnny—. Lo que ahora hemos de hacer es mucho más importan-~ y más peligroso. Encontrar a un tipo llamado Faulkner… y colgarlo del árbol más alto de Abilene.

—Pero, ¿por qué hemos de hacerlo? —siguió preguntando Frank Yersel—. Es seguro que el Diablo ya no nos volverá a pagar. Resulta tonto arriesgar la piel en un trabajo que ya no cobraremos.

—Lo hemos cobrado docenas de veces —dijo Tex Liman—. El Diablo nos ha venido pagando durante meses y meses sin que nosotros hiciéramos nada a cambio. Creo que precisamente nos pagó para esto, para que algún día vengáramos su muerte. Y yo siempre hago los trabajos que cobro.

Frank Yersel le miró socarronamente.

—Tiene mucho honor, ¿eh?, para ser un pistolero a sueldo.

—Si no hago bien mi trabajo, nadie me volverá a contratar —

explicó Tex Liman.

Johnny Lancaster dijo:

—Yo estoy de acuerdo con él. Si hacemos bien este trabajo, nos lloverán contratos de todas partes. Los más famosos hacendados del sudoeste querrán tener como guardaespaldas a los compañeros del Diablo.

Hizo una mueca y añadió:

—¿Habéis estado alguna vez de guardaespaldas de un millonario? ¿Sabéis lo que eso significa?

—Yo sí —dijo Frank Yersel, brillándole los ojos— trabajé una vez, en Montana, como pistolero a sueldo de un ranchero que estaba obsesionado por el miedo a que lo mataran. Jamás he vivido tan bien. No tenía nada que hacer, excepto seducir a la hija de mi padrón. ¡Valiente idiota era aquella mocosa! En cuanto hube conseguido lo que quería y empezamos a ser buenos amigos, se echó llorando en las rodillas de su padre Este envió contra mí a más de dieciocho vaqueros, cada uno con una soga dispuesta. Maté a siete, pero tuve que huir a uña de caballo, y aún conservo dos cicatrices de bala. A pesar de todo… ¡jamás lo he pasado tan bien como entonces, maldita sea!

—¿Siete hombres aquella vez? —preguntó Johnny incrédulo—. ¿A cuántos tipos has liquidado tú, Frank:

—Pasan de los veinticinco.

—Eso es increíble. Ni los más locos han hecho una carnicería semejante.

Frank lanzó una carcajada de hiena, mientras sacaba su revólver derecho y lo volteaba dos veces en el aire, empuñándolo seguidamente y disparando sin vacilar contra la bola de adorno de la cornisa del edificio que tenían a su izquierda. La bola de madera, alcanzada en su base, saltó por los aires como una pelota.

—¿Sigues sin creerlo, amigo? —preguntó mirando a Johnny.

—Tirando como lo haces, no creo que ese Faulkner nos vaya a durar demasiado.

—Todo consiste en saber si hay alrededor suyo alguna chica guapa —rió Frank—. Si la hay, me quedaré.

Tocaron suavemente con sus espuelas los ijares de los caballos y entraron al trote corto en la calle principal de Abilene.

La ciudad estaba animada y presentaba un magnífico aspecto.

Por ser domingo no circulaban manada: a través de sus calles, y ese polvo asfixiante de las ciudades ganaderas no flotaba en el aire. La gente iba bien vestida y, desde luego, abundaban las mujeres guapas.

Frank Yersel iba animándose.

—Me quedo aquí. ¡Ya lo creo que me quedaré!

De pronto pasaron ante un magnífico almacén, el mejor de la ciudad. Ocupaba un edificio entero de tres plantas, estaba recién pintado, y en su cartelón, de grandes letras rojas sobre fondo dorado, podía leerse:

EMIL FAULKNER - GENERAL STORE

Los tres hombres detuvieron maquinalmente sus caballos, mirando el edificio.

—¡Vaya! —gruñó Tex—. Parece que lo hemos encontrado.

—Y es un tipo importante en la población —musitó Yersel—. Yo juraría que no puede haber en Abilene otros dos tipos con más dinero que él.

—Eso parece. ¿Y qué?

—Ni que fuerais idiotas. Tendrá una montaña de pistoleros a sueldo para protegerle. Será dificilísimo acercarse a él.

—Es un trabajo como cualquier otro.

—Pues yo no arriesgo el pellejo sabiendo que el Diablo ya no va a exigirme cuentas. Hay en esta ciudad mujeres para todos los gustos. No quiero perderme ni una, y sería tonto preferir una bala a un abrazo.

En ese momento se abrió una de las ventanas del primer piso del almacén —piso que sin duda estaba desamado a vivienda de los dueños— y una muchacha de unos veinte años, maravillosamente bien formada y bonita, a juzgar por lo que se podía ver, apareció enmarcaba en ella.

Los tres pistoleros lanzaron un silbido casi a la vez.

—¡Diablos!

—¡Es una preciosidad!

—¡Y viste como una auténtica dama!

—Seguro que es la hija de ese tal Faulkner —recapacitó Frank—. Un auténtico caramelo para un tipo como yo. Me quedo.

—¿Y vas a hacer el trabajo?

—Todo lo que signifique acercarse a esa casa me interesa a

partir de ahora —rió—. Puede que a Emil Faulkner le resulte fatal tener una hija tan guapa. Y a él tampoco le gustará. El único que ganará voy a ser yo

Lanzó una carcajada y espoleó su caballo para continuar el camino, dirigiéndose hacia la parte inferior de la calle, donde estaban situados los hoteles más modestos.

La muchacha, a pesar de que diariamente llegaban a Abilene muchos jinetes forasteros, les había mirado con cierto recelo desde la ventana. Y cuando ellos siguieron su camino, aún los estuvo mirando durante un buen rato.

Sólo cerró la ventana cuando Frank Yersel se volvió sobre la silla y le lanzó un beso con la mano.

Johnny miraba a Tex Liman.

—¿Quieres que aquí veamos a otro médico? —preguntó.

—No hace falta. Me han visitado muchos en la interminable ruta de Utah a Texas. Puedo mover la pierna con facilidad.

—¿Ya no te duele por las noches?

—No.

—Lo importante en nuestro trabajo es saber mover bien las manos, no los pies —rió Frank Yersel—. ¿D verdad os habéis fijado en aquella chica?

—Claro que sí. ¿Quién no se fijaría?

—Creo que nunca he visto otra como ella.

—A ti te parece siempre que la última que ves es a más bonita.

—Ni que vosotros fuerais mancos en cuestión de mujeres. No tenéis cara de buenos chicos, precisamente.

Y sin saber por qué, los dos miraron a Johnny Lan-caster. Este había desviado la mirada.

—Pero tú tienes algo extraño —le acusó Frank—. Eres muy especial en eso. ¿Es que has estado enamorado alguna vez?

—¿Qué importa eso?

—Haces cara de…

Frank Yersel parecía no encontrar las palabras adecuadas. Al fin chasqueó los dedos y exclamó:

—¡Eso! ¡Haces cara de hombre casado!

Johnny, sin contestar, espoleó más vigorosamente a su caballo y lo hizo detenerse ante el porche de un hotel modesto, que era al mismo tiempo saloon y frente al cual haraganeaban una serie de

tipos con aspecto de vaqueros, pistoleros y granujas sin trabajo.

Los tres hombres desmontaron, llevaron sus caballos a la cuadra para que les dieran agua y comida, luego penetraron en el vestíbulo del hotel, regentado por una vieja que sobre el mostrador de recepción tenía un rifle cargado.

—¿Qué quieren?

—Tres habitaciones. Y darnos un baño.

—Dos dólares diarios, todo incluido. Pago adelantado.

Los tres hombres pagaron el importe de cinco días y subieron a sus habitaciones, tendiéndose a descansar en los camastros, mientras se les calentaba el agua para el baño que pensaban tomar. Rendidos por el viaje, se durmieron profundamente Yersel y Tex Liman, pero no así Johnny. Johnny estuvo largo rato mirando el techo, con los ojos abiertos. Recordando.

De pronto se incorporó, se ciñó los cintos canana, bajó a la cuadra y sacó de nuevo su caballo.

Trotó con él hacia un pequeño rancho que estaba en las cercanías de Abilene, al sur.

Allí vivía la mujer que durante un tiempo lo fui todo para Johnny Lancaster.

Johnny sabía que ahora esa mujer iba a tener un hijo.

CAPITULO IV

El rancho estaba a unas cinco millas, en la llanura, al abrigo de una pequeña colina que lo hacía identificable desde gran distancia.

Cuando quedaban a Johnny todavía unos quince minutos de galope para llegar hasta allí, oyó el eco de varios disparos.

Eran detonaciones de rifle y de «Colt», y por la intensidad con que se producían dedujo Johnny que se trataba de una verdadera batalla.

Clavó furiosamente las espuelas en los flancos del animal, hasta que de éstos brotó la sangre, y el potro se lanzó a un furioso galope.

Johnny Lancaster siempre trataba bien a los caballos, que eran sus mejores amigos, pero en esta ocasión lo castigó sin piedad porque adivinó que a poca distancia de allí se estaba desarrollando una tragedia.

Y, en efecto, no se equivocaba.

Lo vio todo cuando, al dejar atrás un bosquecillo, pudo distinguir el único edificio que formaba el rancho.

Cinco jinetes se alejaban de él en este momento, como si ya hubiesen terminado su obra. El tiroteo había cesado por completo.

Un silencio espeso, agobiante, se extendía ahora sobre la llanura.

A Johnny Lancaster se le encogió el corazón.

No conocía a aquellos cinco jinetes ni podía distinguir sus rostros a una milla de distancia, pero era evidente que acababan de atacar el pequeño rancho y que si se alejaban de allí era porque ya no quedaba en el edificio el menor vestigio de vida.

Sacando el rifle que llevaba en la silla, Johnny apuntó cuidadosamente al último de aquellos jinetes, tras detener su caballo. El tiro era dificilísimo porque la distancia resultaba superior a una milla y el blanco se movía continuamente, pero Johnny era con el rifle un tirador diabólico. Hizo un solo disparo y

el jinete, alcanzado de lleno, cayó.

Los otros, que iban más adelantados, ni siquiera se dieron cuenta.

Johnny levantó su rifle otra vez, pero comprendió que ya sería inútil intentar un nuevo disparo. La distancia que le separaba de los fugitivos, era ya excesiva. De modo que enfundó su rifle otra vez, volvió a picar espuelas y partió a galope en dirección al jinete caído.

Largos años de vida en el Oeste habían enseñado a Johnny que no hay que dejar que un enemigo muera sin sacarle antes toda la información posible. No sabía quiénes eran los atacantes del rancho y estaba dispuesto a averiguarlo.

Descabalgó de un salto, se acercó al herido y vio que éste trataba de reunir sus últimas fuerzas para sacar un revólver de la funda.

Johnny llegó a tiempo de propinar al arma un puntapié y enviarla lejos, mientras el moribundo lanzaba un grito.

El mismo pie que había enviado lejos el revólver, cayó luego sobre el cuerpo del herido.

Este lanzó un grito de agonía.

—Te mataré a golpes de espuela si no hablas —dijo Johnny con voz tensa—. ¿Quién eres?

—Me llamo… Terry.

—¿Quiénes son tus compañeros?

—Los Talbot…

—¿Los cuatreros?

—Veo que… los conoces bien…

—Yo conozco a todos los granujas del Oeste. ¿Por qué habéis atacado ese rancho?

—Porque su dueño… mató a dos de los nuestros… y entregó a otro al sheriff quien lo hizo ahorcar… Juramos vengarnos… Y ha sido hoy…

—¿Qué habéis hecho… con la mujer?

—Ella ya tiene bastante…

Flotaba en los labios del herido una sonrisa burlona y granujienta. Johnny estuvo a punto de clavarle una espuela en el cráneo, como había visto hacer durante la guerra civil, pero no se atrevió porque aquel hombre no podía defenderse. Lo sujetó por la

camisa, lo hizo ponerse en pie y se lo cargó al hombro para llevarlo al rancho, donde pudieran prestarle cualquier clase de ayuda. De todos modos, cuando llevaba andando unos pasos, el otro quedó rígido y dejó de moverse. Estaba muerto.

Johnny lo arrojó al suelo y entonces se dio cuenta de que llevaba una mancha de sangre junto al corazón. La bala le había alcanzado de lleno.

—Felicidades —gruñó.

Y se disponía a avanzar nuevamente hacia el rancho cuando una bala disparada sin demasiada precisión restalló a sus pies.

Johnny se arrojó al suelo, sacando el revólver, y otra bala rebotó junto a su cabeza.

Por una de las ventanas asomó entonces el rostro de un hombre bañado de sangre, quien se arriesgaba a que le volasen la tapa de los sesos en un desesperado esfuerzo para apuntar mejor.

Johnny le reconoció y su garganta sufrió una sacudida mientras gritaba:

—¡Ned! ¡Ned! ¡Soy yo, Johnny!

Ned soltó el arma y le contempló con ojos incrédulos, mientras se erguía en toda su alta estatura. Se tambaleó, desapareciendo del marco de la ventana, y un instante después salía por la puerta de la casa. Pero no era ya un hombre sino una especie de fantasma que se movía a impulsos de su sobrehumana voluntad.

Parecía increíble que pudiera sostenerse en pie.

Johnny vio que le habían acribillado materialmente, y que toda la sangre de su cuerpo escapaba a borbotones por más de una docena de heridas. Dio un salto y abrazó a Ned. Este aún pudo sonreír, mientras susurraba:

—Johnny… tú aquí…

—No hables, Ned.

—Johnny, esos cuatreros, los Talbot…

—Lo sé.

—Elena…

—¿Qué ha ocurrido con ella?

—Va a morir…

—No hables, Ned. El que va a morir serás tú si no descansas inmediatamente. Vamos adentro,

Era inútil, porque de todos modos, Ned estaba condenado. Pero

Johnny, en su desesperación, ansiaba luchar contra lo imposible.

Entraron en el pequeño edificio y entonces vio Johnny que allí había tenido lugar una verdadera carnicería.

Los tres vaqueros de que disponía Ned estaban retorcidos en el suelo, en grotescas posturas, materialmente acribillados a balazos. Una mujer de mediana edad se apretaba en un rincón un hombro herido, mientras gemía entrecortadamente. Más allá, sobre un lecho revuelto, una mujer muy joven, casi una muchacha, gemía también. Era fácil darse cuenta de que iba a dar a luz de un momento a otro.

—Johnny… el único hermano que tengo… Y tú aquí… —jadeó Ned.

—No te excites, Ned. Trata de descansar. Yo lo arreglaré todo.

—Esos perros, los Talbot… Juraron que se vengarían porque no nos resignábamos a sus saqueos… Han puesto cerco al rancho y nos hemos defendido hasta el fin… ¡Pero de qué ha servido, Johnny! Al entrar, nos han acribillado a balazos y han golpeado bárbaramente a Elena. Ella y el niño van a morir sin remedio.

—Eso está por ver, Ned. Descansa.

Lo tendió en un jergón de paja despanzurrado que había quedado en el suelo. Y entonces miró a la mujer que seguía gimiendo entrecortadamente, apretándose la herida del hombro.

—¿Es usted la comadrona?

—Sí.

—¿Es grave su herida?

—No sé… La clavícula… Duele de una forma horrible.

—Trate de mover el brazo. Puede que no tenga ningún hueso roto.

La mujer probó, y notó con sorpresa que al mover el brazo se sentía un poco más aliviada. Pero aún siguió mirando a Johnny con el terror retratado en el rostro y con la sensación de que iba a morir.

—Ha de hacer algo en seguida por esa mujer —dijo Johnny—. Tiene usted esa sagrada obligación. Si la han golpeado cuando iba a dar a luz, ella y el niño correrán un terrible peligro.

—Es inútil. Esos salvajes han obrado igual que fieras desbocadas. La han golpeado precisamente para que ella y el niño muriesen.

—Pero no han muerto aún. Por lo menos ella. ¡Vamos, póngase

en movimiento y cumpla con su deber! ¡Yo la ayudaré!

Gimiendo, la comadrona fue hasta el fogón, donde se calentaba agua, tomó el barreño con la mano izquierda y se acercó al lecho donde yacía la mujer.

Johnny puso a Elena unas gotas de licor entre los labios y le secó el sudor de la frente, no moviéndose de la cabecera del lecho para no turbar ni avergonzar a la mujer mientras la comadrona manipulaba.

Elena abrió los ojos y le vio.

Tuvo como una sacudida. Debió pensar que era un sueño. Sus diez dedos arañaron frenéticamente las ropas de la cama.

—Johnny…

—Estoy aquí, Elena.

—Has vuelto…

—He vuelto para veros a ti y a mi hermano Ned.

—¡Oh, Dios mío, Johnny! ¡Estoy avergonzada!

—Tener un hijo es lo más sagrado que una mujer puede hacer en esta tierra, Elena.

—Pero tú no puedes verlo… ¡No te… acerques!

—Estoy aquí, junto a tu cara y sólo veo tu cara, Elena. Además, ¿por qué avergonzarte? Es un hijo de Ned.

Elena calló, mordiéndose los labios. ¿Qué iba a decir? ¿Iba a decir que aquel hijo pudo haber sido de Johnny?

Este contempló a su hermano, que desangraba en el suelo, y sintió que las lágrimas quemaban en el fondo de sus ojos.

Luego volvió a mirar a Elena.

Dos años solamente desde aquello… ¡dos años!

Elena y él besándose. Elena y él jurándose amor eterno. Y luego aquellas frases terribles de Ned: «¡Yo también la quiero, Johnny! ¡Yo también la quiero y además de un modo mucho más limpio y decente que tú!»

Era verdad. Ned, cuando amaba, amaba con toda el alma. Desde su niñez habían estado los dos enamorados de Elena, pero ahora aquella rivalidad adquiría un sentido trágico. O Ned o él. De lo que decidiese, dependía quizá la vida de los dos.

Johnny cerró un momento los ojos, recordando aquello que parecía tan remoto… ¡y que había sucedido tan sólo dos años atrás!

Luego los abrió y volvió a mirar a Elena.

¿Por qué se había marchado él, dejando así el campo libre a Ned? ¿Por qué había huido igual que un cobarde? No había sido por miedo, desde luego. ¡Había sido tan sólo porque él era un aventurero y Ned podía ofrecer a Elena una vida más honrada, más cómoda, más digna!

Pero ahora Ned se desangraba sobre el jergón de paja, sin tiempo ni para ver nacer a su propio hijo. Y Elena gemía entrecortadamente, como si fuese a morir.

De pronto Elena se desmayó, aturdida por el dolor, y Ned tuvo una última convulsión y quedó inmóvil.

Johnny se arrodilló junto a él, mientras luchaba por contener las lágrimas, y le cerró los ojos.

Ned había muerto. Una vida se extinguía y otra comenzaba.

Porque en aquel momento el silencio mortal de la habitación se vio quebrado por un llanto irregular, entrecortado, el llanto de un niño. Johnny levantó los ojos y vio que la comadrona hacía un esfuerzo sobrehumano para sostener con sus dos brazos a un pequeño ser amoratado, que gemía.

—¡Un milagro! —balbució la mujer—. ¡Ha salido vivo por milagro! ¡Y es un niño!

De pronto volvió la cabeza y vio que Johnny acababa de cerrar los ojos de Ned.

—Pero… ¿es que ha muerto ya? —susurró como aturdida—. ¿Sin poder conocerlo…?

—Él ha muerto, pero yo estoy vivo —musitó Johnny como una promesa—. Yo estoy vivo y tengo dos manos para disparar…

CAPITULO V

Johnny Lancaster entró en la habitación de Frank Yersel y encendió un cigarrillo reflexivamente.

Frank Yersel estaba tendido en su camastro y se entretenía rayando la pared contigua con la puntera de su bota.

—Hola, Johnny —gruñó.

—Hola.

—Has salido, ¿eh? A ti te tocaba bañarte en tercer lugar. Te hemos estado esperando y se te ha enfriado el agua limpia que tenías preparada.

—Lo siento.

—¿Adónde has ido?

—Por ahí…

—Pues parece como si hubieras estado galopando un buen rato.

—Quería conocer los alrededores.

Frank se incorporó calmosamente, haciendo una última raya en la pared.

—Oye —susurró—, te he estado viendo.

—¿Que me has estado viendo? ¿Desde dónde?

—Desde esa ventana. Has descendido de un caballo sudoroso, al que sin duda habías dado un buen trote. Tenías todo el aspecto del fulano que acaba de librar una pelea, la verdad. Y llevabas entre los brazos… un bulto.

—¿Qué crees que era ese bulto?

—¡Cualquiera lo adivina desde la ventana! Pero por el cuidado con que lo llevabas y por el hecho de haber entrado en seguida en la casa del médico, yo deduzco que se trataba de un niño.

Johnny se mordió el labio inferior.

—Eres curioso, ¿eh, Yersel?

—Y tú un embustero.

—¿Por qué?

—Porque eres un hombre casado.

—No creo que eso le importe a nadie —dijo Johnny encogiéndose de hombros—. Y no tengo ganas de dar explicaciones. Además, si yo fuera casado ¿qué importancia tendría eso para mi trabajo?

Frank Yersel se acercó calmosamente a él, con los pulgares apoyados en sus cinturones canana.

—Mira, Johnny, más vale que hablemos con claridad. Somos tres asesinos a sueldo, de eso no hay ninguna duda, y vamos a realizar un trabajo por el cual nos han pagado. Quiero saber qué clase de riesgos corro, es decir si tú nos ayudarás jugándote la piel igual que nosotros.

—¿Por qué no?

—Los hombres casados tenéis más miedo, sobre todo si detrás vuestro hay un hijo.

—Eso no reza conmigo. Eras tú precisamente el que tenía miedo y el que no quería liquidar a Faulkner. Tex Liman y yo hemos tenido que convencerte.

Frank escupió con tal fuerza que hizo vibrar toda la escupidera de metal que había en un ángulo de la habitación.

—No tengo miedo. Que quede eso bien claro. No tengo miedo. Lo único que se me ocurrió pensar fue que Faulkner debe ser un tipo importante en Abilene, uno de los amos de la ciudad para hablar más claro, y que su muerte nos traería complicaciones. Puesto que el Diablo ya no iba a pagarnos más dinero, la solución más inteligente era largarse y dejar a Faulkner en paz. Pero he cambiado de opinión al ver a la chica.

—¿Qué pinta ella en todo esto?

—¿Cómo? ¿Y preguntas aún qué es lo que pinta? No he visto en Abilene una cara y un busto más bonitos que los suyos, y supongo que todo lo demás será por el l estilo. Si quiero matar a Faulkner es precisamente para quedarme con ella.

—¿Piensas raptarla?

—¡Oh, no des un nombre tan feo y vulgar a las cosas! Pienso enamorarla, que es mucho más bonito… ¡Pienso enamorarla a la fuerza!

Johnny guardó unos instantes de silencio. Fue a la ventana y

volvió al centro de la habitación, haciendo este recorrido dos veces.

—¿Dónde está tu mujer? —preguntó Frank.

—No se encuentra bien. Precisamente he llamado al médico para que fuese a atenderla.

—Y de paso le has dejado el niño, ¿no? ¿Era un niño?

—Sí.

—¡Vaya! Te felicito.

—No estoy ahora para bromas, Frank.

—Ni yo tampoco. Pero puestas las cosas en este terreno, mejor será que acabemos con Faulkner cuanto antes. Ahora somos unos desconocidos, y eso siempre da cierta impunidad. En cuanto la gente nos eche el ojo encima y pueda señalarnos con el dedo, la cosa será distinta. Además…

Lanzó una brutal carcajada.

—…¡Además no quiero que la chica se me pase y se me vuelva vieja!

A Johnny no le costó imaginar lo que sería de aquella muchacha en unos brazos como los de Frank Yersel. No la conocía, no sabía su nombre ni la había visto nunca hasta entonces, pero instintivamente sintió pena por ella.

—Voy en seguida a explorar la situación —dijo, como decidiéndose—. Hay que saber quién es ese Emil Faulkner y qué puntos flacos tiene.

Frank Yersel rió.

—Tiene uno, que es su hija. Porque esa muchacha será su hija, ¿eh? Podemos raptarla, pedir un rescate y cuando el padre venga a pagarlo clavarle dos balas entre las cejas. Tampoco habrá inconveniente en hacer lo mismo con ella, porque ya nos habrá servido para lo que tiene que servir.

Johnny movió los labios de una forma muy extraña, tan extraña que Frank no supo explicarse lo que significaba aquello.

—No me gusta ese sistema —dijo—. Oye…

—¿Es que tienes alguna idea?

—El Diablo tenía una banda. Una banda pequeña, pero terriblemente eficaz. ¿Qué habrá sido de ella?

—¿Por qué te interesa?

—Por si pueden proporcionarnos ayuda en caso necesario.

—La banda se componía de cuatro hombres —dijo Frank

pensativamente—. Cerca de Abilene tenían su cuartel general, pero eso es lo único que sé. De todos modos es posible que les veamos pronto. Continuarán dedicándose al bandidaje, supongo.

—Claro.

Era lo natural. Y aquellos cuatro tipos seguirían siendo tan crueles y peligrosos como cuando el Diablo dictaba sus planes.

Johnny cerró la puerta.

Descendió a la planta baja y vio que la mujer vieja encargada de recepción, la del rifle, había sido sustituida por una joven y bonita, que vestía como una auténtica dama.

—¿Es usted nuevo en el hotel? —le preguntó amablemente.

—Sí. He llegado esta mañana.

—¿Con otros dos hombres?

—Pues… sí.

Johnny siguió caminando hacia la puerta, sin fijarse más en ella, a pesar de que la chica valía la pena. Pero, una vez en el umbral, se inmovilizó como si le hubiera detenido una mano invisible. ¿Por qué le hacía ella aquellas preguntas? ¿Y cómo sabía…? De pronto tuvo como un estremecimiento. ¡Diablos!

Se volvió y miró de nuevo a la chica.

Antes la había visto a cierta distancia y a través de una ventana; por ello no la había reconocido en el primer instante. Pero era la misma a la que viera en el almacén de Faulkner. ¡La misma!

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

—¿No lo ve? Me ocupo de la recepción.

—No me diga que este hotel es suyo, o que trabaja usted aquí.

—¡Oh, no! —ella sonrió. Tenía unos labios rojos y encantadores, un poco gordezuelos—. Sustituyo por unos minutos a la señora Mott, que ha tenido que salir. Ella me cuidó muchas veces, cuando yo era niña.

—Pero ya no lo es.

Había algo en la mirada de Johnny Lancaster, algo admirativo y penetrante, que turbó a la mujer.

Esta desvió los ojos, ligeramente sonrojada.

—No —susurró—; ya no lo soy.

—¿Por qué me ha preguntado antes si había venido con otros dos hombres? ¿Cómo me conoce?

—Les he visto entrar en la ciudad. Y los tres me han mirado.

—Era natural, ¿no?

—Me han mirado de una forma que… no me ha gustado nada.

—¿Por qué supone que la hemos mirado de una forma especial?

A Johnny le hacía estremecer que ella estuviese allí, tan al alcance de Frank Yersel. Pero no lo demostró.

—Abilene es una ciudad demasiado peligrosa —musitó ella.

En efecto, tenía razón.

En aquel momento las figuras de dos hombres se recortaron en la puerta.

Johnny no se fijó en ellos.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Gladys.

—Me gustaría que confiase en mí. No he venido a Abilene para hacerle daño.

Y en aquel instante una voz dijo burlonamente desde la puerta:

—Claro, nena, confía en él…

Y otra voz:

—Dale un beso en la punta de la nariz.

Johnny se volvió calmosamente hacia la puerta, donde se recortaban las macizas figuras de dos hombres con las manos a la altura de sus culatas.

Gladys ahogó un grito.

—¿Los conoce? —preguntó Johnny.

—Sí. Me persiguen… en cuanto salgo a la calle.

—Claro que te perseguimos, nena. No hay otra palomita más dulce que tú en toda esta podrida ciudad.

—Y ahora que estamos solos no vamos a perder la ocasión…

Johnny volvió de nuevo la cabeza hacia ellos.

—¿Solos? —musitó.

—Tú no cuentas, pollo.

—En ese caso os voy a decir una sola palabra: Largaos.

—¿Ah, sí?

—¿Siempre das unos consejos tan monos?

—La próxima vez no os daré un consejo. Os enviaré una bala.

—¡Hombre, qué bien!

—¿Vamos a probarlo?

Ninguno de los dos le había tomado en serio ni por un solo minuto. Movieron las manos hacia sus revólveres con la

tranquilidad de quien hasta encuentra aburrido matar a un hombre tan fácilmente.

Pero sus rostros cambiaron al ver cómo se movía Johnny.

Las sonrisas que había en sus rostros, quedaron desencajadas. Johnny, desde que había visto lo ocurrido en el rancho de su hermano, tenía ganas de matar. Aquello fue como una salvaje descarga para sus nervios.

Disparó a través de las fundas, instantáneamente, y los alcanzó a los dos a la altura del corazón.

Uno de ellos murió instantáneamente, llevándose ambas manos al pecho y lanzando un alarido. El otro pudo disparar, aunque desviado, y se lanzó loco de terror hacia las escaleras deseando salir como fuera del radio de acción de los mortíferos revólveres de Johnny.

Pero una vez allí, pareció abatirse sobre él una verdadera tempestad de plomo.

Su pecho quedó rociado y su cabeza saltó material-mente hecha astillas. Los disparos hicieron retumbar todo el hotel. Gladys lanzó un grito de angustia.

—¡Psch! Como entrenamiento no está mal —gruñó Frank Yersel desde arriba, mientras descendía las escaleras y guardaba su revólver humeante.

—No, no está mal —dijo entonces otra voz desde la puerta—. Ha sido un hermoso espectáculo.

Quien acababa de decir esto era una mujer.

CAPITULO VI

Johnny se volvió hacia la puerta del hotel y sin darse cuenta parpadeó dos veces.

Una mujer como la que estaba en el umbral, mirándoles, no recordaba haberla visto en todos los días de su vida.

Tendría unos veintiséis años y su belleza era madura, completa. Unía a su encanto sensual de una mujer más bien llena de elasticidad y la dureza de músculos de una pantera. Tenía los cabellos rubios, los ojos verdes y los labios intensamente rojos y más gordezuelos que los de Gladys. De toda ella, de sus ojos, de su piel, emanaba una especie de resplandor dorado.

Llevaba un vestido muy ceñido. Largo hasta los pies, pero la falda tenía una extensa abertura que llegaba hasta la rodilla.

La mujer sonrió y dijo:

—Ha sido un hermoso espectáculo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Johnny con un hilo de voz.

—A su modo de «sacar». Nunca había visto una precisión semejante y una rapidez tan deslumbradora. Ha sido magnífico.

—Tiene usted un concepto muy extraño de las cosas magníficas.

—Desde niña estoy acostumbrada a ver a los hombres manejar los gatillos. Y una ha de acostumbrarse, ¿no?

—¿Es que vive en Abilene?

—Claro que sí.

Frank Yersel, todavía a mitad de la escalera, contemplaba embelesado a los dos monumentos que tenía enfrente, no sabiendo si dedicar más atención a la juvenil Gladys o a la turbadora belleza de la recién llegada. Al fin se inclinó por ésta, y sus ojos llamearon de entusiasmo.

Gladys pareció recobrar entonces el uso de la palabra.

—¡Señorita Forrestal! —musitó—. ¡Qué sorpresa…!

—Acabo de llegar a Abilene y venía a saludarla. Me han dicho que estaba aquí.

—Y se ha encontrado con este desagradable espectáculo. Crea que lo siento. No es culpa mía.

—¿La habían molestado esos dos hombres?

—No me dejaban en paz ni de día ni de noche.

—Ahora no creo que se fijen más en las mujeres guapas —dijo la recién llegada con indiferencia.

Miró a Johnny y le tendió la mano.

—Ha sido un placer conocerle. Me llamo Nancy Forrestal.

—Yo soy Johnny Lancaster.

Y le tendió la mano procurando no dejarse impresionar por la belleza soberana de aquella mujer.

—¿Es usted forastero? —preguntó Nancy.

—Acabo de llegar.

—¿De muy lejos?

—De Salt Lake City.

Brillaron un instante los ojos de la mujer.

—Hermosa tierra aquella. Me gustaría conocerla.

—Por razones particulares, a mí no me gustó.

—¿A qué ha venido a Abilene, señor Lancaster?

Johnny creyó notar un tono interrogante, casi agresivo, bajo la sonrisa encantadora con que Nancy le dirigía aquella pregunta.

—¿Para qué necesita saber eso? ¿Es que es usted la ayudante del sheriff?

—Sí, en cierto modo. El sheriff viene con frecuencia a casa, y yo suelo informarle a mi manera de todas las cosas que ocurren en la ciudad. Mi padre, ¿sabe?, es en Abilene una verdadera personalidad.

—¡Ah, vaya! —susurró Johnny con cierto desprecio—. Una nena bien…

—¿Qué es lo que está diciendo de mi hija? —preguntó de repente una voz.

Y detrás de la figura de Nancy apareció la de un hombre de unos cincuenta años, pero todavía fuerte y ágil, impecablemente vestido, quien tenía más aspecto de gentleman inglés que de habitante de una ciudad tan perdida como Abilene.

—Buenos días, señor Forrestal —saludó Gladys—. ¡Cuánto siento

que se hayan visto ustedes envueltos en un espectáculo como éste! Podían haber llegado a Abilene en mejor ocasión.

—Todos sabemos lo que es esta ciudad —dijo el caballero haciendo un gesto de fastidio—. Ganado sudoroso, polvo y sangre por todas partes. Si no fuera porque tengo intereses en esta comarca, no vendría nunca. ¿Qué tal está su padre? ¿Y cómo funcionan los grandes almacenes de Faulkner?

—Mi padre está bien, muy bien. Y los negocios van viento en popa.

—Espero que dure la buena racha.

Desde las escaleras, Frank Yersel carraspeó irónicamente, pero sólo Johnny se dio cuenta de lo que aquello significaba.

Nadie miraba ya a los muertos, como si no tuviesen más importancia que un viejo cacharro roto.

—Damos una fiesta está noche, Gladys —dijo Forrestal con desenvoltura—. Pensamos festejar nuestra vuelta a Abilene y la buena marcha de nuestros negocios. ¿Vendrá? Usted y su padre están invitados.

—¡Oh, claro que sí que iremos! Gracias.

—Naturalmente estará allí lo mejor de la ciudad; aunque después de los Faulkner y los Forrestal ya casi no queda nada.

—He contratado una orquesta entera —explicó el caballero con grandes ademanes—. No quiero que se diga que Len Forrestal hace las cosas a medias. Por cierto, ¿quién va a quitar esa basura de ahí?

Parecía haberse fijado por primera vez en los dos muertos.

—Se lo diré a la señora Mott cuando vuelva —susurró Gladys.

—No hace falta. Yo avisaré a la funeraria. ¡Uf! ¡Qué fastidiosa resulta esta ciudad! ¡Uno se encuentra muertos por todas partes! Diré que les hagan un buen entierro con tal de que los saquen en seguida de ahí. El dinero no me importa. ¡Uf!

Sacó un pañuelo perfumado del bolsillo superior de su levita y se lo llevó delicadamente a la punta de su nariz, aspirando con deleite.

—Sobre todo, señorita Faulkner, no olvide venir a la fiesta. He invitado a lo mejor de la ciudad. Lo mejorcito.

—Entonces —dijo Johnny con calma—, podré ir yo también.

—¿Eeeeh…?

Len Forrestal se había vuelto a mirarle con una indecible

sorpresa. El pañuelo cayó de sus dedos.

—¿Quién es usted, caballero?

—Me llamo Johnny Lancaster.

—Él ha matado a estos dos hombres —dijo Nancy, por toda recomendación—. Es todo un gun-man.

—Entonces venga a verme. Puede que lo necesite para mi protección personal. Yo, ¿sabe?, tengo muchos enemigos. ¡Lo que es la envidia!

—No iré para que me ofrezca un empleo —dijo Johnny secamente—. Iré para besar a su hija.

Len y Nancy se quedaron paralizados un momento, como si no hubiesen oído bien. Nancy pareció tener un sobresalto y se llevó la mano derecha a la parte más alta de su vestido, que era cerrado hasta el cuello. Luego Len Forrestal tiró bruscamente de su hija, sacándola del hotel.

—Vamos —gruñó—. Esta ciudad cada día resulta más insoportable.

Salieron por la puerta y desaparecieron. Gladys palideció ante la mirada dura y despiadada, aquella mirada que parecía inhumana de los ojos de Johnny Lancaster.

—No se fije en ella —dijo con un soplo de voz—. Es demasiado importante para usted.

—¿Por qué?

—No hay en Abilene otra heredera más rica que ella.

—¿Ni siquiera usted?

—Ni siquiera yo.

—Me gustan las herederas —murmuró Johnny por todo comentario.

—Esa está rodeada de hombres que la protegen.

—Peor para ellos.

Frank Yersel gruñó:

—No te preocupes, nena; si ese se ocupa de la heredera, yo me ocupo de ti. Ninguna chica ha quedado hasta ahora descontenta de mis servicios, y eso que he tratado a varias docenas.

La señora Mott, armada de su rifle, apareció en ese momento, y la conversación cambió. Daba la sensación de que aquella vieja largaría dos balazos al que dijera la primera palabra inconveniente. Hasta Frank Yersel juzgó más oportuno callar.

En ese momento, con otros curiosos, descendió también Tex Liman.

—Vamos a sacar los cadáveres —pidió Johnny—. Al fin y al cabo están en el hotel sin pagar la cuenta.

Sacaron a los muertos y los dejaron en el porche, bien alineados para que viniesen a recogerlos los de la funeraria.

Junto al hotel había un saloon del que brotaba música, y los tres pistoleros entraron en él.

Se sentaron a una mesa y pidieron whisky.

Frank Yersel, después de su momento de exaltación, estaba taciturno, como si de repente aquello hubiera dejado de gustarle.

—¿Qué te pasa? —preguntó Johnny.

—Con ese tiroteo lo hemos enredado todo.

—¿Por qué?

—Ahora nos conoce mucha gente. Ya no somos unos simples forasteros, y habrá docenas de personas que se acordarán de nosotros si eliminamos a Emil Faulkner. Abilene es una ciudad sin ley, desde luego, pero eso tiene ventajas e inconvenientes.

—¿Qué inconvenientes?

—Que el sheriff ahorca a la gente sin hacerle juicio antes. Suele decir que como no hay ley no se debe perder el tiempo en contemplaciones.

Johnny bebió un vaso de whisky.

—¿Y tú qué sugieres?

—Lo he dicho antes. Raptar a la chica y hacer que su padre venga a buscarla al sitio que a nosotros nos convenga.

—Pero olvidas que vendrá acompañado de una tropa de veinte pistoleros, aparte los hombres del sheriff.

—Podemos decirle que si no viene solo liquidaremos a su hija. Siempre he trabajado así: sin correr riesgos inútiles.

—Por eso has llegado vivo a los treinta años, ¿no?

—Y pienso llegar a los sesenta.

—Yo creo que es más sencillo liquidar a Faulkner cualquier noche —opinó Tex Liman—. El saldrá a tomar una copa a cualquier saloon, aunque sólo sea los sábados. Si le aguardamos en la primera esquina montados en nuestros caballos, lo baleamos al pasar por delante de él a galope y seguimos para largarnos de la ciudad, no importa que nos reconozcan. Doy trabajo al valiente que nos

persiga.

—Pero si los familiares de Faulkner ofrecen una recompensa, seremos perseguidos hasta el fin del mundo —gruñó Frank Yersel—. He visto ahorcar a muchos hombres y no quiero ser uno de ellos.

—¿Sigues opinando entonces que no deberíamos hacer ese trabajo?

—Claro que opino eso —mascúlló Frank poniéndose en pie—. ¿Para qué vamos a arriesgar la piel? Al fin y al cabo, ¿quién nos paga?

Los otros dos hombres no contestaron. Quizá comprendían que Frank Yersel tenía razón. Se pusieron en pie, Johnny depositó sobre la mesa una moneda de a dólar y regresaron al hotel.

—Nadie va a pagarnos ya —farfulló Frank Yersel—. Nadie…

Pero al llegar al hotel les aguardaba una brutal sor presa.

Los tres estuvieron a punto de perder la respiración cuando la señora Mott —todavía con el rifle cargado encima de la mesa— les dijo con expresión risueña:

—Tienen ustedes suerte. Se ve que son personas importantes, porque a los huéspedes de este hotel nadie les envía cantidades tan grandes, desdichadamente. Acaban de serme entregados quinientos dólares para cada uno de ustedes.

Tex Liman, pálido como un cadáver, balbució:

—Lo que el Diablo nos enviaba cada mes para que le obedeciéramos si alguna vez nos necesitaba.

CAPITULO VII

Cuando la señora Mott entregó a cada uno de los pistoleros sus quinientos dólares, éstos sintieron lo que sentirían si al pasar por delante de un cementerio un muerto saliese de su tumba para desearles felices Navidades.

Johnny, que fue el primero en recobrar la serenidad, musitó al cabo de unos instantes:

—¿Quién ha traído esto?

—Uno de los conductores de la diligencia. En un sobre contenía una carta. Venía a nombre de los tres, y yo lo he abierto porque en mi hotel no quiero secretos. ¡Quién sabía si ese sobre contenía una carta con instrucciones para cometer un crimen!

—No, señora. Ese dinero es para hacer una obra de caridad — dijo Johnny con una sonrisa cuadrada.

—¿Le ha explicado ese conductor de diligencias quién le entregó el sobre? —preguntó Tex Liman.

—Sí. Una mujer.

Los tres pistoleros se miraron como si ante ellos hubieran visto deslizarse la sombra de la muerte.

—¿Una mujer?

—Sí. Eso dijo.

—¿De dónde venía la diligencia?

—De Santa Fe, en Nuevo México.

—¡Santa Fe! ¡Eso está a mucha distancia de aquí! Nosotros pasamos por Santa Fe hace una semana. ¿Y quién era esa mujer?

—El conductor de la diligencia no sabía tanto —gruñó la señora Mott—. Sólo ha dicho que era una mujer joven y bonita. Cosa rara, porque las mujeres jóvenes y bonitas no suelen repartir dinero, sino bofetones.

Johnny apoyó ambas manos en el mostrador. Notaba que a

Frank Yersel, que era el más nervioso, le habían brotado unas frías gotitas de sudor en la frente.

—Pero ese conductor de diligencias sabrá al menos cuánto hace que la mujer le dio el sobre —preguntó Johnny.

—Sí; eso se lo he preguntado yo también. Fue hace tres días.

Y viendo la expresión absorta de los tres hombres susurró:

—¿Es que no están contentos de que les hayan entregado ese dinero? ¿Esperaban más?

—No —dijo Johnny—; sencillamente creíamos que la mujer que nos ha hecho ese regalo estaba muerta.

—¡Y lo está! —gritó Tex Liman.

—Nosotros mismos… —farfulló Frank Yersel—, ¡nosotros mismos vimos cómo la enterraban!

La señora Mott les contemplaba con complacida curiosidad. Johnny se dio cuenta de que estaban hablando demasiado.

—Vamos arriba —dijo.

Los tres subieron y se encerraron en la habitación de Liman.

—¡Nos vamos a volver locos! —se desahogó Yersel, apenas estuvieron allí—. ¡Esto no puede ser! ¡El Diablo murió y nosotros mismos vimos cómo la enterraban!

—De eso no hay duda —concedió Johnny.

—Entonces, ¿qué explicación tienen los quinientos dólares que ahora llevamos en el bolsillo?

—Ella pudo encargar que nos lo diesen antes de morir. Si deseaba que la vengáramos, la explicación es bastante lógica.

—Pero, ¿cómo sabía que estaríamos en Abilene?

—Por la sencilla razón de que ella misma nos ordenó que viniéramos. No podía tener la seguridad de que estaríamos aquí, claro, pero era lo más probable.

—Queda una cosa por explicar —dijo Frank Yersel—. ¿Cómo sabía ese fulano de la diligencia en qué hotel iba a encontrarnos? No es posible que hace tres días en Nuevo México, supiera ya nuestra dirección. Nosotros ni tan siquiera habíamos llegado aquí.

—Debió decir a ese conductor que nos buscara en cualquiera de los hoteles de Abilene. La ciudad no es demasiado grande. Él ha preguntado en algunos sitios y nos ha encontrado al fin. Todo muy natural.

Frank Yersel fue a decir algo, pero no encontró reparo para

aquellas explicaciones. Introdujo las manos en los bolsillos, tocó los quinientos dólares y se fue tranquilizando poco a poco.

—De todos modos —decidió— es evidente que tendremos que matar a Emil Faulkner.

—¿Cuándo? —preguntó Tex Liman.

—Esta noche va a ir a la fiesta de los Forrestal, y yo iré también —dijo Johnny—. Si encuentro un momento favorable, puede que ese hombre no vea el próximo amanecer.

Hizo un guiño, saludando a sus asombrados compañeros, y salió de la habitación.

* * *

La primera persona con la que se tropezó, al salir a la calle, fue el sheriff del condado.

«Sí que empiezo bien», pensó Johnny.

El sheriff se dirigía a él en línea recta.

—¿Es usted Johnny Lancaster? —preguntó.

—El mismo.

—¿Tuvo en Utah algunos asuntos pendientes con la ley?

—Bueno, eso es agua pasada…

—Lo sé, y no voy a meterme en eso. Pero en cambio hoy, en mi territorio, ha matado a dos hombres.

—¿Va a pedirme cuentas por eso?

—No sé. Sé que ha sido en desafío legal y que de ellos partió la provocación. Han informado en favor suyo las dos mujeres más importantes de la población, que son Gladys Faulkner y Nancy Forrestal.

—¡Qué bien! Tendré que enviarles ramos de flores.

—Al menos por Nancy Forrestal puede hacer algo más importante que eso, señor Lancaster.

—¿Y en qué consiste?

—Podría aceptar un cargo de comisario por esta noche.

Johnny estuvo a punto de lanzar un grito de sorpresa. ¡De modo que a él, que había llegado con otros dos pistoleros para cometer un asesinato, le ofrecían una placa de representante de la ley!

—Es curioso —musitó.

—¿Qué es lo que le parece curioso, señor Lancaster?

—Que se haya acordado usted de mí.

—Tengo algunos otros comisarios, naturalmente, pero deben trabajar fuera de la ciudad esta noche. Y como las fiestas que dan los Forrestal casi siempre acaban en bronca, he pensado en usted, que puede desarmar a cualquier provocador sin apuntarle siquiera.

—¿Y por qué han de estar fuera sus hombres durante esta noche, sheriff?

—¿Usted no ha oido hablar de una banda dirigida por alguien al cual llamaban el Diablo?

Johnny tuvo que desviar la mirada para que sus ojos no delatasen el interés que sentía.

—Todo el mundo ha oído hablar de eso —contestó. —Pues bien, el Diablo, para gran sorpresa de todos nosotros, ha resultado ser una mujer a la cual ahorcaron hace muy poco tiempo en Salt Lake City. Pero su banda sigue merodeando por los alrededores de Abilene, y como la componen cuatro hombres decididos a todo, mis comisarios tienen que estar de guardia esta noche. Los necesito a todos.

—¿Y yo vendría a ser algo así como comisario sustituto?

—Con posibilidades de llegar a titular si se porta como yo espero.

—No necesito trabajo, sheriff, pero puede que le complazca. Precisamente quería asistir a esa fiesta.

—Llevando la placa de comisario podrá entrar y salir de ella cuando le plazca.

—Sobre el caso de esa mujer-forajido a la que ahorcaron en Salt Lake City hay algo que quisiera saber, sheriff. ¿No fue Faulkner quien la entregó? ¿De qué modo?

El sheriff se retiró un poco hacia la sombra del porche y empezó a liar un cigarrillo con movimientos calmosos.

—Faulkner no había visto a esa mujer en su vida.

—¿Cómo, entonces, pudo entregarla para que la ahocaran?

—Los hombres del Diablo habían asaltado uno de los almacenes de Faulkner, y éste estaba deseando hacer algo para que los ahorcaran a todos de una vez Casualmente vio un día a uno de los forajidos que habían asaltado su almacén, el cual estaba emborrachándose en la ciudad. Faulkner, en lugar de denunciarle, le ofreció dinero si revelaba el paradero de su jefe. El forajido tampoco lo había visto nunca, porque el Diablo llevaba siempre el

rostro cubierto por uní máscara. ¿Muy teatral, verdad? Pero cierto. Aquel pistolero sólo sabía que su jefe iba a pasar por Abilene en una determinada fecha. Lo dijo a Faulkner, y éste alquiló una docena de pistoleros. Efectivamente, en la fecha prevista acorralaron al Diablo.

—Pero, ¿cómo lo atraparon, entonces, en Salt Lake City? Eso está a una enorme distancia de aquí.

—No todo le salió bien a Faulkner. El Diablo se le escurrió de entre las manos después de matar a tres hombres, entre ellos al que le había traicionado. Huyó hacia el norte, perseguido como una fiera, y llevando tras sus huellas a varios sheriffs y dos agentes federales. Más de una semana duró la persecución, hasta que fue acorralado en un refugio de montaña llamado La Buena Suerte en las montañas de Utah. Allí no tuvo más remedio que entregarse, y se descubrió que era una mujer. La ahorcaron hace muy poco tiempo en Salt Lake City.

—Lo sé.

—¿Por qué le interesa todo eso? Poca gente sabe que Faulkner tuvo algo que ver en la muerte de ese forajido.

—Siempre me he preguntado por qué no se llegó hasta Salí Lake City, a ver cómo la ahorcaban. En el fondo, Faulkner no ha debido quedarse satisfecho puesto que no le vio la cara jamás.

—En el fondo quizá tenía miedo. Piense que Faulkner es un comerciante, y los comerciantes siempre son cobardes.

El sheriff encendió por fin el cigarrillo que acababa de liar y preguntó:

—En resumen, ¿acepta usted mi oferta?

—Creo que me honra usted, sheriff. Aceptaré.

—Pase antes de la noche por mi oficina a recoger la placa y cinco dólares que le corresponden como sueldo.

—Lo haré.

El sheriff le estrechó la mano y se alejó de allí.

Lancaster vio su estrella reluciente, imaginó la que le pondrían a él por la noche y susurró:

—Mira que tiene gracia…

Luego se dirigió a la casa del médico donde había estado horas antes.

* * *

La mujer estaba allí, muy pálida, junto con el niño.

Parecía joven, muy joven, y su rostro tenía el aspecto de esas muchachas que aún no han conocido el matrimonio. De no ser por el niño que dormía a su lado, Johnny hubiera creído que seguía siendo tan inocente y tan joven como cuando él la conoció.

Elena, sin embargo, tenía una sonrisa triste.

—Gracias, Johnny —dijo sencillamente.

Él le tomó la mano derecha entre las suyas.

—¿Por qué has de darme las gracias?

—De no haber llegado tú, todos hubiésemos muerte

—Entonces agradéceselo al destino, no a mí.

—Johnny…

—¿Qué?

—No nos veíamos desde hacía dos años, desde que me casé… con tu hermano.

—Me hubiera gustado venir, ya lo sabes. Pero soy una bala perdida.

—No viniste ni a nuestra boda.

—Creo que por aquellos días estaba detenido, el sheriff me había arrestado a causa de una bronca.

—¿Me has perdonado alguna vez el que me casase con él, Johnny?

Él la estrechó la mano con más fuerza, queriendo alentarla.

—¿Y por qué no? ¿Es que me hiciste algún mal?

—Tú me querías, Johnny…

—Precisamente por eso. No podía condenarte a vivir unida a un hombre como yo.

La palidez de Elena fue sustituida por un rubor que tiñó hasta la raíz de sus cabellos.

—¿Crees que a mí me habría importado lo que eres, Johnny?

—Puede que a ti no. A mí sí.

—¿Has estado en la cárcel estos dos años?

—No. He rodado por todo el Oeste. He sido libre y he procurado no tener compromisos con la ley.

—¿Dónde estuviste últimamente?

—En mil sitios. ¿Qué tiene eso que ver?

—¿Te has casado?

—No.

—¿Y has amado a alguna mujer?

—A ninguna.

Johnny volvió a desviar la mirada .Todo lo que le unió a Elena en otro tiempo, todo lo que la mujer significó para él, volvía ahora al calor de aquellas palabras. Pero no debía ni quería oírlas, porque ante la muerte era casi un pecado hablar de amor.

El niño se despertó y lanzó un débil gemido.

—Es muy hermoso —dijo Johnny, alegrándose de tener un pretexto para cambiar de conversación—. Será un verdadero gigante, como su padre.

—Él te lo encomendó —dijo Elena en voz muy baja—. Debes cuidarlo.

—Bien quisiera. Te dejaré quinientos dólares por si necesitáis algo y para los gastos de estancia aquí, hasta que te recuperes. Bastará ese dinero para que te atiendan bien.

—Johnny…, ¿cómo lo has ganado?

—Es un anticipo por un trabajo que he de hacer.

—¿Qué clase de trabajo?

—Siempre fuiste igual, Elena. Preguntas más que un sheriff.

—Sabes que no es esa la clase de ayuda que necesitamos, Johnny. Lo que mi hijo y yo queremos es tu compañía y tu apoyo.

—Eso es un poco difícil, Elena.

—¿Por qué ha de serlo?

—Todavía están vivos los hombres que te han golpeado a ti, estando a punto de matar al niño, y que además han asesinado a mi hermano. Tengo una cuerda para cada uno de ellos, Elena. Y las estaré engrasando bien, día a día, hasta que los cuelgue y luego los arrastre como a coyotes.

—Johnny, ellos son poderosos. Son los cuatreros más fuertes y despiadados de Texas, y tú eres un hombre solo. ¿Cómo sabes que no te colgarán a ti?

—Precisamente por eso tengo curiosidad para ver qué pasa.

—Sigues siendo tan loco como siempre, Johnny.

—No lo niego.

Acarició la cabecita del niño, que buscaba afanosamente a su madre, y luego lo tomó en sus brazos.

—Te regalaré unos revólveres para cuando seas mayor —prometió—. Los revólveres de los hombres que mataron a tu padre.

Ellos ya no los necesitarán para nada.

—Ni mi hijo tampoco —musitó Elena—. Cuando él sea un hombre, el Oeste ya no será lo que por desgracia es hoy.

—Podrá guardar los revólveres en una vitrina. Mejor para él. Pero le aseguro que los tendrá. Y puede que también tenga la cuerda con la que pienso ahorcar a sus dueños.

—Johnny, no hables así. Creí que habías cambiado, pero es terrible comprobar que no. Mira esta ciudad. Puede ser una ciudad pacífica si los hombres como tú queréis que lo sea.

Tirando de un cordón que tenía al alcance de su mano, Elena descorrió las cortinas de la única ventana de la habitación. A través de sus cristales, se vio la calle. La habitación estaba en la planta baja y aquella ventana dio por unos instantes la sensación de ser como un escaparate.

—Trataré de que nos volvamos a ver —dijo Johnny, sonriendo de una manera que quiso ser tranquilizadora.

Y besó al niño mientras miraba a la mujer.

En aquel momento, por delante de ventana, pasó Nancy Forrestal.

Al mirar distraídamente hacia el interior de la habitación, vio a la mujer y a Johnny que besaba al niño.

Se detuvo durante unas fracciones de segundo, sonrió burlonamente y siguió su camino.

CAPITULO VIII

El sheriff le entregó una placa.

—Tome. A partir de este momento es usted comisario a mis órdenes. Mañana deberá devolverme esta placa, a menos que piense quedarse en Abilene para servir a la ley, cosa que yo tomaría en consideración. La verdad es que hace tiempo que vengo necesitando un comisario, y usted podría serlo mejor que cualquier otro.

—¿Y mi pasado, sheriff?

—Yo no pregunto a los hombres por su pasado, sino por su porvenir.

—¿De modo que ahora me da usted una placa de comisario y me concede autoridad en Abilene?

—Sí.

—Tiene gracia.

—Me está usted resultando muy cargante con eso de «tiene gracia», Lancaster. Me dijo lo mismo cuando le propuse ser comisario por una noche. ¿Es que tan divertida le parece la situación?

—Pues sí, teniendo en cuenta que he venido a Abilene para una cosa muy distinta.

—¿A qué ha venido?

Johnny se encogió de hombros.

—No puedo explicárselo por el momento, sheriff, pero ya lo sabrá.

—Allá usted. Si lo que ha venido a hacer está contra la ley, haré que entable conocimiento con un aparato llamado horca. Y ahora prepárese de una maldita vez para ir a la fiesta de los Forrestal. ¿No tiene más ropa que esa?

—No.

—Tengo ahí unas ropas nuevas de uno de mis comisarios, a

quien mataron a los cinco minutos de comprarlas. Pruébeselas.

Johnny entró en una de las celdas y se las probó. Le sentaban bien y eran incluso elegantes. Salió con ellas puestas.

—Parece usted otro. Y ahora vaya a la fiesta, Lancaster, y preocúpese de que no haya desafíos ni peleas. Que todo se desarrolle en paz, como si no estuviéramos en Abilene. Esa es su misión.

—Bien, sheriff.

Johnny salió de la oficina y se encaminó a la casa de los Forrestal, que resplandecía como una joya en la noche tranquila de Abilene. Mientras se encaminaba hacia allí, Johnny pensó: «¿Qué es lo que me impulsa a ir a esa fiesta?» Y tuvo que reconocer que lo único que quería era ver de nuevo a Nancy Forrestal, la mujer más bonita que había encontrado en su vida.

Pero Nancy estaba lejos de él como lo estaban las estrellas.

Johnny se encogió de hombros, decidido a no pensar más en aquella mujer, y entró en la casa.

Nadie le puso el menor obstáculo al ver lucir sobre su camisa la placa de comisario.

La fiesta había empezado ya, y la mejor sociedad de Abilene estaba danzando alegremente a los compases de una polka. Claro que la buena sociedad de Abilene no era tan distinguida como la de Boston, por ejemplo. Había allí ganaderos que sudaban al tener que llevar la camisa abrochada y damas maduras que cojeaban casi al tener que usar zapatos de alto tacón. Todos bebían como condenados, y los únicos que se mantenían en un tono realmente discreto eran Nancy Forrestal y su padre.

La muchacha bailaba con unos y con otros —sin duda tenía muchos compromisos—, y no dirigió una sola mirada a Johnny. Este se apoyó tranquilamente en una columna y se dedicó a beber todas las copas que los criados ponían a su alcance. Pero ni el whisky escocés legítimo ni el champaña traído especialmente de Luisiana le hicieron el menor efecto.

La primera pelea empezó cuando la fiesta ya llevaba dos horas de duración, y sus protagonistas fueron dos ganaderos borrachos que querían bailar con la misma chica.

Johnny hizo sencillamente lo que un comisario del sheriff tenía que hacer: les atizó un gancho a cada uno, los puso fuera de

combate y los sacó al pequeño jardín que había en la parte posterior de la casa, para que se refrescaran.

Iba ya a volver al salón —y estaba ya en una de las habitaciones traseras, muy mal alumbradas—, cuando una cosa suave y blanda surgió de entre las sombras para cortarle el paso.

Johnny musitó:

—¿Es que de verdad quieres que te bese, Nancy?

Nancy, cuya figura parecía despedir una extraña luz en la penumbra, se acercó más a él.

—Quisiera saber si te atreves.

—¿No te parece que arriesgas demasiado?

—Prueba…

La mujer tenía los labios entreabiertos. Toda ella palpitaba, quemaba como una llama. Johnny acarició instintivamente su mejilla y puso la mano derecha en su cuello, prolongando la caricia.

—No me toques.

—¿Sientes más temor en el cuello que en los labios?

—Eso no te importa.

—No comprendo cómo llevas unos vestidos tan cerrados en una fiesta así. Imagino que tienes unos hombros preciosos. Y lo siento.

—¿Por qué has de sentirlo?

—Porque yo nunca los veré.

Ella rió. Echó la cabeza hacia atrás, y con su risa los labios volvieron a entreabrirse.

Johnny la sujetó brutalmente por ambos brazos y la besó.

Ella estuvo quieta al principio. Muy quieta, como si aquel beso la hubiese dejado paralizada. Luego se movió con una fuerza y una agilidad que Johnny no hubiera sospechado jamás. Sus dos manos se movieron alternativamente y dos secas bofetadas se aplastaron sobre el rostro del joven.

Nancy escupió secamente:

—¡Miserable!

—¿Son miserables todos los que te besan?

—Los osados sí.

Johnny quedó paralizado un instante, sin comprender. Luego se hizo la luz en su cerebro y comprendió que Nancy tenía que haberle visto mientras besaba a su sobrino en presencia de Elena. Aquello le produjo risa, pero una risa amarga. Fue a abrir la boca para

contestar y ella le insultó de nuevo:

—¡No eres más que un farsante! ¡Vete con tu mujer y con tu hijo! ¡Ellos te necesitan más que yo!

—¿De veras?

Nancy fue a mover el brazo derecho para abofetearle otra vez.

En ese momento sonaron disparos.

No era el clásico tiroteo de una riña ni tenía lugar en la sala de la fiesta. Era el tiroteo seco y rápido de un bando que ataca y otro que se defiende. Johnny conocía ya Abilene lo bastante para saber que los disparos se producían cerca de allí, en las inmediaciones del Banco Ganadero.

Por eso no se sorprendió en absoluto cuando un hombre herido entró en la habitación.

—¡Están asaltando el Banco! ¡Son al menos cinco hombres! ¡Corra!

—¿Y el sheriff?

—¡Al sheriff le han clavado un balazo por la espalda!

Johnny palpó maquinalmente sus revólveres y salió de la habitación, hacia la calle. Tuvo tiempo de ver que Nancy palidecía intensamente, llevándose ambas manos a la boca.

Una vez en la calle, le fue fácil darse cuenta de la situación. El Banco Ganadero estaba situado pocas yardas más allá, y los dos guardianes que siempre lo vigilaban durante la noche yacían muertos en el porche. El sheriff, a su lado, se arrastraba penosamente, tocándose de vez en cuando una herida que tenía en la espalda.

El tiroteo seguía en el interior, pero con menos intensidad. Sin duda algún otro guardián estaba acorralado dentro del Banco. Johnny extrajo sus dos revólveres, los amartilló y atravesó la puerta.

La bala pasó junto a sus ojos, clavándose en el marco. Johnny se dejó caer al suelo y disparó a su vez.

El hombre que estaba parapetado tras una de las mesas cayó al ser rozado por la bala, pero Johnny comprendió que no estaba fuera de combate, ni mucho menos.

Avanzó en zigzag, entre las tinieblas sin más luz que la que llegaba desde la calle a través de las ventanas.

Vio al fondo a un hombre acorralado tras varias mesas

derribadas. Era uno de los guardianes del Banco, el cual se defendía aún con un solo revólver. Y en el momento en que Johnny lo divisaba, una bala le atravesó el corazón.

El guardián dio un extraño salto, soltando su arma, y después de aquella violenta contracción de sus músculos cayó como un fardo a tierra.

El hombre que lo había matado se volvió para encontrarse cara a cara con Johnny.

Johnny dijo solamente:

—Lo siento, muchacho.

Dispararon los dos casi a la vez, pero Johnny fue más rápido. Sus dos balas penetraron una por cada lado del corazón de su enemigo.

Instantáneamente Johnny se dejó caer al suelo otra vez, porque sabía que no estaba solo.

En efecto alguien disparó contra él, y la bala se le llevó una zona de piel del brazo izquierdo, produciéndole una intensa quemadura. En la contracción Johnny disparó, fallando. Vio a dos hombres vestidos de negro que se movían entre las sombras.

Desde el suelo disparó otra vez, alcanzando a uno de sus enemigos. Este dio un salto, chocó contra la pared y cayó blandamente a tierra. El otro se escabulló disparando como un loco, y si no alcanzó a Johnny fue sólo porque éste estaba en una zona de tinieblas.

Johnny había matado a dos hombres, pero aún le quedaban al menos tres enemigos. De eso estaba seguro porque oía sus pasos precipitados en la parte posterior del edificio, donde estaban las cajas fuertes.

De un salto se puso en pie y corrió hacia allí. Le impulsaba más la curiosidad que el deseo de matar. Quería saber quién era el tipo capaz de organizar un atraco como aquél en pleno centro de Abilene y cuando los saloons contiguos estaban repletos de gente.

Al entrar en la habitación donde estaba la caja fuerte lo vio.

Era una figura alta, vestida de negro y cuyos contornos apenas se divisaban en la oscuridad. Pero lo que sí pudo ver Johnny fue que su rostro estaba cubierto por una máscara roja.

¡El Diablo!

¡La misma persona, que les había pagado para que le vengaran

estaba allí, dispuesta a matar!

Johnny quedó en el umbral un instante, como petrificado, y en ese momento cualquiera de los dos pistoleros que estaban junto al Diablo pudo haberle matado fácilmente. Más tarde Johnny lo comprendió, y se pegó instantáneamente a un costado de la puerta mientras un sudor frío parecía saltar a sus sienes. Pero si los pistoleros no le habían matado era porque tenían algo más importante y peligroso que hacer.

Iban a volar la puerta de la caja con nitroglicerina.

Las botellas del líquido explosivo saltaron por los aires, y la explosión pareció remover hasta los cimientos del Banco. Johnny, desde la puerta, disparó maquinalmente, sabiendo que no podría alcanzar a sus dos enemigos.

—¡La puerta ha saltado! —oyó gritar.

Robar su contenido sería ahora un juego de niños. Johnny saltó hacia el interior, entre el humo asfixiante, y una bala le arrancó algunos cabellos. Tiró al bulto, y uno de los pistoleros cayó para siempre. El otro apuntó a Johnny y éste tuvo que lanzarse cuerpo a tierra.

Lo hizo con tal violencia que su cabeza chocó contra la pared, perdiendo el conocimiento durante unos segundos.

A sangre fría, los dos forajidos que quedaban con vida dispararon contra él apuntando a la cabeza.

Pero en el último segundo ambos desviaron sus revólveres.

—¡Cuidado! —gritó el de la máscara roja.

Junto a la misma cabeza de Johnny había una botella de nitro. Por lo visto uno de los frascos había rebotado en la plancha de la caja, sin estallar. Y si ahora le tocaba una sola bala enviaría a Johnny al infierno, pero también a sus dos enemigos.

Por eso desviaron sus cañones en el último segundo.

Las balas se clavaron en tierra, y luego los dos hombres huyeron. No podían perder más tiempo.

Johnny, tambaleándose, se puso en pie. Estuvo a punto de pisar la botella de nitro sin darse cuenta. Se apoyó en una de las jambas de la puerta y salió al exterior, con el rostro cubierto de sangre.

Dentro olía a humo y a muerte. El aire fresco de la noche le despejó.

En el porche había numerosas personas, todas ellas

contemplando los cadáveres. Ninguna debía haber visto a los dos fugitivos, que acababan de escapar por una ventana lateral.

Johnny vio que la atención de casi todos se concentraba en el sheriff, que aún se movía entre espasmos. Johnny se arrodilló junto a él. El de la estrella le miró con ojos ya vidriosos.

—¿Qué hay, muchacho? —preguntó.

—Eran cinco. Tres muertos.

—¿Los has reconocido?

—Se trataba del Diablo.

—¡No… puede ser! ¡Lo ahorcaron en Salt Lake City!

—Es cierto. Yo mismo estaba allí cuando eso sucedió. Pero era el Diablo quien ha volado la caja fuerte del Banco. No sólo lo ha delatado su máscara sino su técnica especial, su manera de emplear la nitroglicerina. Y ante todo su costumbre de trabajar sobre una montaña de muertos.

El sheriff jadeó.

—Es… imposible.

Y lanzó una bocanada de sangre, quedando inmóvil y con los ojos espantosamente abiertos.

Johnny se los cerró.

Había un silencio espantoso, mortal, en la calle.

Y de pronto sonó aquella voz, aquella voz ronca y gutural que era casi un alarido:

—¡Yo sé quién es el Diablo! ¡Yo lo sé! ¡Lo he visto!

Todos los rostros se volvieron en aquella dirección.

CAPITULO IX

El hombre que había hablado era Emil Faulkner.

Todos lo vieron llegar sudoroso, jadeante, como si le persiguiera una punta de ganado en estampida. Era un tipo grueso, de mediana edad, y las gotas de sudor resbalaban desde las mejillas hasta su cuello desabrochado.

—Yo he visto al Diablo —repitió, balbuciente.

Johnny le detuvo con un gesto.

—A ¿quién dice que ha visto?

—Al Diablo… Al mismo que ha atracado hace unos minutos el Banco Ganadero organizando una matanza.

—¿Olvida que el Diablo fue capturado gracias a usted y ahorcado en Salt Lake City?

—No lo olvido.

—¿Cómo afirma, pues, haberlo visto ahora?

Emil Faulkner, completamente aterrorizado, tuvo que apoyarse en una de las columnas del porche, como si fuera a caer de un momento a otro.

—Yo no lo entiendo —jadeó—. No lo entiendo ni me importa. Pero sé quién es el hombre que ha matado al sheriff y al que todos ustedes andan persiguiendo. Lo he visto.

—¿Cómo iba vestido? —siguió preguntando Johnny.

El mismo estaba asombrado por lo ocurrido y quería conocer la mayor cantidad posible de datos.

—Iba vestido de negro. El sombrero era también negro y llevaba el rostro cubierto por una máscara roja.

Todo el mundo guardó un ansioso silencio y por unos instantes pareció como si un soplo helado hubiese pasado por la calle Principal de Abilene.

—La descripción es exacta —dijo Johnny—. Pero ¿cómo sabe

quién es, si llevaba el rostro cubierto por una máscara roja?

—Porque se le cayó cuando pasaba por delante de mí. Luego volvió a ponérsela, pero yo ya le habla reconocido.

—¿Y no le pegó el Diablo cuatro tiros? ¿Por qué consintió dejar a su espalda un testigo así?

—Él no me vio.

—Está bien. ¡Diga de una vez su nombre! ¡Dígalo!

Faulkner tembló espasmódicamente.

Parecía como si el solo hecho de pronunciar aquel nombre le aterrorizara. Como si al pronunciarlo ya tu viera que morir.

—Es… es… —balbució.

Y en aquel momento se oyó un disparo.

Fue un solo disparo de «Winchester» que hizo estremecer el silencio de la calle. Faulkner dio un extraño salto, contorsionando el brazo y llevándoselo a la espalda. Luego escapó de su boca una terrible bocana de de sangre y cayó hacia adelante sin exhalar un solo grito.

Johnny se dio cuenta en seguida de que la bala le había interesado el corazón, pero aún hizo un último esfuerzo para obligarle a hablar. Se arrodilló junto a él y le levantó la cabeza.

—¿Quién era? —apremió—. ¿Quién? ¡Diga al menos su nombre antes de morir!

Faulkner le miró con ojos completamente vidriosos, carentes de toda expresión.

—Era… —balbució.

Y dejó caer la cabeza hacia un lado, sin fuerzas para pronunciar el nombre. Justamente cuando moría, sus labios se movieron otra vez. Pero ya no brotó de ellos ningún sonido.

Johnny Lancaster se puso en pie.

—Ha muerto —dijo—. Colóquenlo junto al cadáver del sheriff.

Su mirada paseó circularmente por la calle, buscando el lugar de donde podía haber partido el disparo de rifle. Pero la línea uniforme de tejados le desorientó. Podían haber disparado desde cualquiera de ellos. Y, como era natural, del tirador no quedaba ni rastro.

Alguien vino entonces a colocarse junto a Johnny.

Johnny lo presintió más que lo vio. Era Frank Yersel.

—¿No era ese el tipo a quien teníamos que matar? —preguntó Frank en voz muy baja.

—El mismo. Alguien nos ha hecho el trabajo.

—Maravilloso. Entonces tendremos las manos libres para dedicamos exclusivamente a la chica.

—¿Es que no piensas en otra cosa, Yersel?

—Me tiene obsesionado.

—Pues bébete una botella de ginebra, y dedícate a arañar las paredes. Contra la chica no tenemos nada.

Yersel iba a contestar con una maldición, pero en ese momento todos oyeron claramente los gritos de uno de los administradores del Banco, quien acababa de salir del local después de ver la caja vacía.

Chillaba como una vieja apaleada.

—¡Doscientos mil dólares! —aullaba—, ¡Mi dinero! ¡Mi dinero! ¡Doscientos mil dólares que teníamos guardados en la caja más segura de Texas!

A Johnny le dio asco.

Cuando pasaba junto a él, aullando todavía «Mi dinero, mi dinero», le hizo la zancadilla y el administrador cayó rodando por tierra.

—¿Cuánto dice que le han robado…? —preguntó Johnny.

—Dos… doscientos mil dólares.

—¿Y cuántos muertos había ahí dentro?

—No me he fijado.

—De modo que ha contado el dinero y no se ha fijado en los cadáveres, ¿eh? ¡No ha visto los cadáveres de los guardianes que han dado su vida para que usted conservase su maldito oro! ¡En eso no se ha fijado porque no le interesaba! ¡Rata asquerosa!

Le golpeó salvajemente con sus botas, hasta hacerle caer del porche a la calle. A cada nuevo golpe el banquero se estremecía de dolor.

—¡Le sacaré a golpes de espuela doscientos mil dólares más para pasar una pensión a los hijos de esos hombres! —aulló Johnny—. ¡Si no hace algo por ellos le haré rodar montaña abajo con una botella de nitro entre los dientes, maldito canalla!

El banquero gimoteaba, al recibir los golpes:

—Pagaré… Pagaré…

Terminó marchando casi a gatas, como un perro apaleado. Johnny hizo entonces un gesto de hastío y si encaminó a la casa de los Forrestal, donde poco antes se había estado celebrando la fiesta.

A la primera persona a quien encontró fue el mismo Forrestal, quien fumaba tranquilamente un habano sentado en uno de los butacones del salón, ahora casi vacío.

—¿Han vaciado el Banco? —preguntó con indiferencia a Johnny.

—¿Tenía usted dinero en él?

—Yo no. Yo todo lo tengo en tierras y ganado, no en metálico. Prefiero tener un rancho que un saco de oro; ése ha sido siempre mi lema.

—¿Dónde están sus invitados?

—Casi todos han salido al oír los disparos, para ver lo que sucedía. La gente, ¿sabe?, pierde los riñones por ver una buena pelea hasta en una ciudad como Abilene, donde las peleas son más numerosas que los apartaderos de ganado. ¿Muchos muertos, señor Lancaster?

—Bastantes, por desgracia.

En ese momento entró el juez, un tipo corpulento y con aspecto de gorila a quien cualquiera hubiese tomado por un leñador. Llevaba en una mano el código en la otra una botella de whisky.

—¿Usted es Johnny Lancaster? —preguntó mirando al joven—. Le felicito. Ha liquidado casi por completo la banda de ese granuja.

—¿Conocía usted a los pistoleros del Diablo?

—Claro que sí. A un par de ellos estuve a punto de colgarles una vez, y se me escaparon.

—Entonces no hay duda de que el autor de ese atraco es el Diablo en persona… —susurró Johnny.

—¿Es que usted no estaba seguro aún?

—Con franqueza, no. El Diablo era en realidad una mujer que fue ahorcada en Salt Lake City hace poco tiempo. Yo estaba en la ciudad cuando la ejecutaran. Y puedo señalar incluso el sitio donde está situada su tumba. Lo lógico es pensar que alguien ha querido aprovecharse de la fama de aquel forajido para desencadenar una nueva serie de crímenes y sembrar el desconcierto más fácilmente allí por donde pase.

—Sí, eso es lo lógico. Que este hombre con el cual me he

enfrentado hoy, no sea más que un impostor. Pero le de los otros hombres lo complica todo. Uno puede apropiarse de la fama de un muerto, pero no puede apropiarse de los forajidos de su banda.

—Es cierto —dijo Forrestal—. Si ese hombre ha logrado reunir otra vez a sus forajidos es porque posee al menos, una contraseña por la que le han identificado.

—¿Pudo ver al menos si era un hombre o una mujer? —preguntó el juez.

—La sensación que me dio —contestó Johnny— fue la de que se trataba de un hombre. Pero esa misma sensación tuvieron todos mientras perseguían hace unas semanas al Diablo a través de medio país, y cuando lo detuvieron en Salt Lake City resultó que era una mujer.

Los tres hombres quedaron pensativos unos instantes, como si meditasen sobre aquella situación.

Por fin Johnny preguntó, como por descuido:

—¿Dónde está Nancy, señor Forrestal?

—No lo sé. Supongo que habrá salido, como todos a ver en qué paraba la pelea.

—¿A qué viene esa pregunta, señor Lancaster? —preguntó el juez.

—Todo caballero bien educado pregunta por las damas, ¿no?

—Es que a mí me da en las narices que no es usted un caballero.

Johnny se echó a reír.

—Tiene razón, no lo soy. Ni creo haberlo sido nunca

—¿Sabe usted que al morir el sheriff queda usted convertido en la única autoridad de Abilene hasta que vuelvan los otros comisarios?

Johnny se desprendió de la placa y se la lanzó al juez para que éste la tomara en el aire.

—Désela a quien la merezca más, leguleyo.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Besar a la heredera de esta casa. Y como con la placa eso no sería bien visto, se la devuelvo.

Dirigiendo una lejana sonrisa al juez y al dueño de la casa, que estaban atónitos, salió de la habitación.

No encontró a Nancy en ninguno de los salones del piso bajo, y por eso se dirigió tranquilamente al piso superior, donde estaban los

dormitorios. Fue abriéndolos uno tras otro, sin importarle lo que hubiera dentro. Al fin, en el último y más lujoso de ellos, encontró a la muchacha.

Esta estaba cambiando su vestido de fiesta por uno de calle, mucho más ligero. Tenía la cabeza y los hombros detrás del biombo, pero sus piernas se hallaban fuera. Cuando Johnny entró, no se dio demasiada prisa a esconderlas.

Johnny sólo les dirigió una mirada superior y lejana, aunque Nancy estaba como para lanzar bramidos.

Ella le miró por encima del biombo, asomando solamente los ojos.

—¿A qué has venido? —preguntó.

—¡Psch! Pasaba por ahí…

—¿Qué ha sido ese tiroteo?

—No me digas que no lo sabes porque me echaré reír, y luego resulta que me duele la cintura.

—Pues no lo sé.

—Han asaltado el Banco Ganadero, se han llevado casi un cuarto de millón, han asesinado a los guardianes, han acribillado al sheriff y han baleado por la espalda a Emil Faulkner. Poca cosa.

Nancy Forrestal no pareció impresionarse demasiado por aquella larga lista de delitos, uno sólo de los cuales bastaría para ahorcar a diez hombres.

—¿Y qué has hecho tú? —preguntó con indiferencia.

—Fui a ver qué pasaba y me encontré con el lío. Para pasar el rato no tuve más remedio que exterminar a todos los atacantes, excepto el jefe y un compañero suyo.

—¿Quién era el jefe?

—Según parece un tipo a quien llaman el Diablo.

Johnny esperaba alguna exclamación, pero detrás del biombo no hubo más que un largo silencio.

Luego Nancy apareció abrochándose cuidadosamente los botones superiores de su vestido de calle.

—El Diablo fue ahorcado en Salt Lake City —dijo.

—Eso es lo que creemos todos.

—¿Tienes alguna duda?

—¿Cómo he de tenerla? Yo mismo podría señalar el lugar donde está su sepultura.

—Pues entonces ese hombre que ha asaltado hoy el Banco no es más que un impostor.

—Si lo fuera, ¿cómo habría logrado atraerse a la auténtica banda del Diablo? Los pistoleros que la formaban se habrían dado cuenta del engaño inmediatamente.

—Lo lógico es que ninguno le conociera.

—Eso es lógico sólo en parte. El asesino del que estamos hablando podría ser identificado por su voz, o por alguna característica de su figura, o quizá por cualquier contraseña. Lo cierto es que cuatro pistoleros acostumbrados a tratar con él no se habrían dejada engañar.

Nancy se encogió de hombros.

—No, claro.

Y con su gesto parecía añadir:

«¿Y a mí qué me importa?»

Johnny dio un paso por la habitación, en silencio, mirando los cuadros y diplomas que colgaban de las paredes. Uno de esos diplomas acreditaba que Nancy Forrestal había estado estudiando en Harvard.

Johnny lo señaló, mirándola a ella sin preguntar nada.

—Estuve tres años allí —susurró Nancy—. Una Universidad muy cara y donde se aprenden muchas cosas. ¿No sabías tú, sinvergüenza, que yo soy una chica de buena familia?

—Sí. Se te nota en una cosa.

—¿En qué?

—En lo bien que sabes besar.

Nancy se acercó a él parsimoniosamente, alzándose aún más sobre sus altísimos tacones. Sonreía, pero su sonrisa se le había quedado muerta en los labios. Había en éstos como una especie de ansiedad.

—¿De veras lo crees? —preguntó.

—La verdad es que no estoy muy seguro. Podríamos probar otra vez…

—Es una lástima que seas tú el único hombre que me ha interesado en mi vida, Johnny.

—¿Por qué?

—Porque eres un hombre casado.

Johnny fue a contestar algo, pero se contuvo. ¿De qué había de

servir decirle la verdad? Entre él y aquella mujer había tanta distancia como entre la tierra y las estrellas. Mejor que siguiera considerándole un hombre casado, un hombre imposible. Mejor terminar aquella comedia de una vez.

Porque aquella indiferencia que él fingía sentía por ella, no era más que una comedia. Porque si él se dejara llevar por sus sentimientos, Nancy… Bueno, era mejor no pensar.

—Supongo que será inútil preguntarte si estás enamorado —susurró Nancy.

—Lo estuve una vez.

—¿De quién?

Johnny lanzó una seca carcajada.

—De esa mujer a la que tú has visto con el niño, naturalmente…

Fue a dirigirse hacia la puerta. Nancy le cortó el paso con los ojos llameantes de algo que era una mezcla de amor y de odio.

—Lamento haberte confesado que eres el único hombre que me ha interesado en mi vida —dijo Nancy mientras su pecho subía y bajaba agitadamente—. ¡Lo lamento y lo lamentaré toda mi vida! ¡Porque eres el hombre más odioso y más cínico con que he tropezado nunca!

—Celebro saberlo. A la próxima chica de la que me enamore, se lo diré.

—¡Márchate de aquí!

—¿Qué creías que iba a hacer? Menos ilusiones, preciosa.

—¡Lárgate antes de que me harte y contrate a una cuadrilla de pistoleros para que te maten!

—Tú no necesitas a nadie para matar a un hombre, preciosa.

Y salió.

En la calle, donde habla aún mucha gente comentando la pelea, Johnny encontró a Frank Yersel y a Tex Liman.

Los dos le guiñaron un ojo casi a la vez.

—¿Qué…? ¿Qué tal la chica?

—¿Es que sabíais que estaba con la hija de Forrestal?

—El juez ha ido mascullando por ahí no sé qué de que ibas a besarla.

—Pero no la he besado.

—Es una chica fina, ¿eh?

—Muy fina. Según he visto por su diploma, pasó nada menos

que tres años en la Universidad de Harvard. Volvió hace unos seis meses o algo así. Total, una verdadera señorita del Este.

—Mejor para ti —gruñó Frank Yersel.

Johnny puntualizó con desgana:

—Mejor para el que se case con ella.

Tex Liman no participaba en la conversación. Miraba el edificio del Banco, y sus ojos llameaban de una forma extraña.

—Un golpe admirable —dijo solamente.

—A mí no me lo parece tanto. Ha sido una verdadera matanza.

—Pero los atacantes conocían muy bien el Banco. Y para mí han escogido un momento espléndido: el momento en que podían sembrar mayor confusión. De no ser por ti no hubieran perdido ni un hombre. Por cierto, ¿qué sensación da eso de llevar al pecho una placa de comisario?

—No me quedó más remedio que aceptarla si que-tener la seguridad de ver otra vez a Nancy Forestal.

—¡Pero la cosa tuvo gracia, cuerno! ¡Darte una placa de comisario a ti, un asesino alquilado!

—Más o menos eso es lo que le dije al sheriff.

—¡Pero qué magnífico golpe! —siguió diciendo Tex Liman—. ¡Qué cerebro el del que ha organizado todo esto!

Johnny se dio cuenta entonces —quizá por primera vez— de que Tex Liman podía resultar más peligroso que el mujeriego Frank Yersel.

Este seguía con su obsesión.

—Ahora ya está muerto Emil Faulkner —dijo—. ¡Y bien muerto, diablos! Llevaba en la espalda un boquete por el que cabía la mano. Nos han hecho el trabajo y podemos largarnos. Naturalmente me llevaré a la chica.

—¿Crees que no es bastante pena para ella el que hayan asesinado a su padre?

—Yo la consolaré. Soy muy cariñoso…

—No te tomo en serio, Frank.

—¡Bah! Yo tampoco —gruñó Tex Liman—. Pero si él se larga, yo me largaré también. Esta ciudad está muy «explotada». Iré a cualquier sitio tranquilo, donde la gente sea confiada y donde pueda dar un golpe provechoso, como el que ha dado ese tipo en el Banco Ganadero.

—¿Tú no vendrás? —preguntó Frank.

—No lo sé.

—Claro. Tienes aquí a la mujer y al hijo…

Johnny guardó silencio.

—Es posible que no nos veamos más —dijo Frank Yersel a manera de saludo—. Celebro haber conocido a uno de los pistoleros más finos del Oeste, y envidio al fulano que te pague el ataúd.

—Gracias.

—Ahora voy a divertirme un rato.

Johnny no dio importancia a aquellas palabras. Creyó que Frank Yersel hablaba de ir a echar un trago a un saloon, o cualquier cosa así.

Tex Liman se despidió con un simple movimiento de su brazo derecho. Luego ambos pistoleros se alejaron.

En efecto, ya nada tenían que hacer allí.

Johny se encaminó poco a poco a un saloon que estaba cerca del Banco. Allí el espectáculo se había suspendido en vista de que los hombres, ocupados en comentarios sobre el asalto, no hacían a las bailarinas maldito el caso.

Johnny se acodó en la barra y pidió una botella de whisky. Comenzó a beber en silencio, casi con rabia. El juez se acercó a él.

—Hola, Lancaster. ¿Sabe que todavía no han regresado los comisarios del sheriff?

—¿Y a mí qué?

—En Abilene continuamos prácticamente sin ley. Al menos este maldito código —lo puso sobre la barra, manchándolo de whisky— no hay quien lo haga cumplir si no es a punta de revólver.

—Pues cómprese uno y empléelo como mondadientes. Así meterá miedo a todos los granujas que pululan por ahí.

—¿Es que no le interesa ni siquiera saber quién está en la población, Lancaster? —preguntó el juez.

—Me tiene sin cuidado.

—Unos cuatreros pasaban por aquí. ¡Oh, sin ánimo te quedarse, ya se sabe! Esta ciudad es demasiado pesarosa para ellos. Pero al saber que el sheriff había muerto y que sus comisarios estaban ausentes, han decidido quedarse una noche en Abilene y divertirse.

—Por mí, que se diviertan.

—¿No le interesa saber que esos cuatreros son unos asesinos?

—Todos lo son. Déjeme en paz.

Johnny se hallaba obsesionado por el recuerdo de Nancy Forrestal y por la extraña vida de la muchacha. Y ese recuerdo no le dejaba ni siquiera pensar con claridad.

—Está bien —dijo el juez—; no le molesto más.

Iba a alejarse cuando Johnny le ofreció:

—No se lo tome a mal. Sólo quiero que me deje tranquilo. ¿Por qué no bebe conmigo un vaso de whisky…?

—Voy a ver si puedo abrirles la cabeza a esos cuatreros a golpes de código —gruñó el juez.

En ese momento alguien gritó:

—¡Eh, muchachos! ¿Sabéis quiénes están armado juerga en el Red Star? ¡Nada menos que los Talbot, esos cuatreros famosos en todo Texas!

¡Los Talbot!

El nombre produjo en Johnny el mismo efecto que un mazazo.

—Juez… —llamó.

—¿Qué ocurre, Lancaster?

—Quiero otra vez la placa de comisario.

—¿Para qué? ¿Para comérsela?

—Quiero matar legalmente a los Talbot.

—¿Y qué le ocurre ahora con ellos?

—Los Talbot mataron a una persona a la que conocía. Además prometí que regalaría sus revólveres a un niño.

—¿A un ni… niño?

—Sí. Deme la placa.

El juez, sin chistar, se la entregó.

Johnny se la puso y salió del local tras comprobar la carga de sus armas. Llevaba doce plomos para cuatro forajidos. La ración era suficiente.

Estaba ya en la puerta cuando alguien más entró corriendo, sudoroso, en el saloon.

Era un vaquero con la camisa manchada de sangre. Se apoyó en uno de los batientes, casi colgándose de él, y gritó:

—¡Eh, juez! ¡Dos pistoleros han huido raptando a una chica! ¡Han raptado a la hija de difunto Faulkner!

CAPITULO X

El juez corrió hacia la puerta, donde aún estaba Johnny, como paralizado, y se puso delante de él.

—¿Quiénes han sido? —preguntó al vaquero.

El vaquero señaló a Johnny.

—¡Los dos tipos que estaban con éste!

—No se preocupe —susurró Johnny, en cuyos ojos había aparecido una mirada siniestra—. Yo lo arreglaré.

—¿Cuándo?

—Cuando haya liquidado a los Talbot.

—¡Está loco! ¡Los Talbot son cuatro y lo que harán será liquidarle a usted! ¡Además se largarán mañana y quizá no vuelvan a poner los pies en Abilene! Es más importante lo de Gladys Faulkner!

Johnny, como si aquello no fuera por él, preguntó calmosamente al vaquero:

—¿Hacia dónde han ido esos dos tipos?

—Yo oí decir al más bajito que quería llevarse a la chica a Salt Lake City, a la tierra de los mormones, porque allí le permitirán casarse con ella y con todas las demás que quisiera.

—Frank Yersel no es tonto —susurró Johnny—. Sabe que esta chica no es como las otras, y que más vale esperar un poco y obligarla a que se case legalmente con él. Gladys Faulkner, muerto su padre, debe entrar en posesión de una fantástica herencia.

—¿Y el pistolero que le acompaña? —preguntó el juez.

—¿Tex Liman? Puede que acaben a balazos los dos pero no tengo demasiada confianza. Tex Liman no es de los que se matan por una mujer. Tex sólo se mata por dinero, y esa clase de tipos saben esperar.

—¿Qué va a hacer? —gruñó el juez, con cierta ansiedad

retratada en su rostro de gorila.

—Lo más importante: Acabar con los Talbot.

—Pues va a aumentar la clientela del saloon Red Star, demonios.

En efecto, casi todo el mundo se había puesto en pie y estaba dispuesto a seguir a Johnny, en vista del espectáculo que se avecinaba.

Johnny salió y se dirigió al otro saloon.

Este se hallaba situado a poca distancia, y sus puertas y ventanas se estremecían al compás de los gritos y los disparos.

Sin duda los Talbot se estaban divirtiendo por todo lo alto.

Johnny empujó los batientes con el pecho y entró en el local. Todos los que le seguían —cerca de dos docenas entre hombres y mujeres— se quedaron en las inmediaciones.

El espectáculo que se ofrecía en el interior del saloon era bochornoso. Los cuatro granujas, convencidos de que allí nadie vendría a imponerles la ley, habían echado a todos los clientes menos a cinco de ellos que se habían «quedado» a la fuerza y ahora estaba; desangrándose sobre las tablas del suelo.

Las bailarinas —once chicas en total— eran ahora propiedad exclusiva de los Talbot.

Estos se divertían maltratándolas mientras lanzaban salvajes risotadas. Una de las chicas lloraba en un rincón, mientras las otras gritaban. Los cuatreros bebían en las propias botellas después de romperlas por la mitad. Sólo en unos tipos acostumbrados a vivir en la salvaje llanura se concebía aquel extraño frenesí.

Ninguno de ellos se dio cuenta de que había entrado Johnny, el cual estaba detenido en el umbral con las piernas entreabiertas.

—Hola —saludó Johnny.

Fueron las chicas las primeras que lo miraron. Los cuatreros se dieron cuenta y fueron volviéndose hacia él uno a uno con rostros de estupor.

Uno de ellos silabeó:

—¡Lárgate, imbécil!

Y tiró de su revólver izquierdo, dispuesto a acabar con el intruso sin más palabras. Pero Johnny no pensaba tampoco perder el tiempo hablando. Una sorda y fría rabia se había apoderado de él.

Hizo fuego a través de la funda y voló la cabeza del cuatrero con una bala incrustada en mitad de la frente.

Los otros no se atrevieron a moverse. Permanecieron atónitos. La borrachera se les pasó en un instante.

—¿Quién eres? —gruñó uno de ellos, intentando ganar tiempo para que los otros se serenasen.

—Me llamo Johnny.

—¿Y qué tienes contra nosotros?

—Habéis asesinado a los habitantes de un rancho. Un sitio donde una mujer iba a dar a luz.

—¡Caramba, qué casualidad! No me vas a decir que tú eras el padre, ¿eh?

Y lanzó una salvaje risotada.

Johnny Lancaster movió apenas la mano derecha, como si acariciara la culata. Su gesto fue de tal suavidad que nadie creyó ni por un momento que fuera a disparar. Cuando la bala brotó del revólver y el hombre que aún reía sintió su carne atravesada por el plomo, un murmullo de asombro se elevó de las gargantas de los otros cuatreros.

El que había reído se llevó la mano derecha al brazo izquierdo atravesado, mientras lanzaba una sorda-maldición.

—¿Sois hermanos? —preguntó lentamente Johnny.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque si lo sois os haré enterrar a todos en la misma fosa. Resultará mucho más económico.

Una especie de soplo helado pareció envolver a los tres cuatreros, quienes se daban cuenta ahora de que su enemigo estaba hablando con absoluta seriedad. Por un momento se imaginaron todos amontonados en una misma tumba. El pensamiento se les hizo insoportable, hasta el extremo de que sus facciones sufrieron como una sacudida.

—No somos hermanos —contestó uno de ellos, mientras los demás se distanciaban poco a poco—, pero somos parientes que llevamos el mismo apellido. Los Talbot hemos impuesto durante muchos años la ley en las llanuras de Texas. ¿Qué es lo que tienes tú que oponer, borracho?

—¡Oh, nada! Sólo quiero que hagáis compañía a los que matasteis en aquel rancho.

—¿Es que eras tú el padre del niño que iba a nacer1

—Sólo por estas palabras odiosas te mataré a primero.

—¿Qué tiene que ver? Ella tenía cara de ser muy complaciente.

Rechinaron los dientes de Johnny Lancaster. Y luego gritó.

—¡Aquella mujer era la esposa de mi único hermano! ¡Y basta ya de palabras! ¡He venido a agujerear vuestras pieles, no a hacer que gastéis vuestras lenguas!

Tenía ante él a tres hombres armados y dispuestos a todo. La pelea era desigual. Si alguien tenía que salir muerto de allí, ese alguien era Johnny Lancaster.

Pero antes de atravesar el umbral de la muerte, quería llevarse por delante a los Talbot.

Quizá fue eso lo que le dio aquella especie de valor suicida, aquella especie de frenética determinación al enfrentarse con tres enemigos a la vez. O puede que los Talbot estuvieran demasiado impresionados por la muerte de su compañero. Lo cierto fue que los dos que estaban ilesos sacaron sus revólveres demasiado tarde, en comparación con el movimiento centelleante de las manos de Johnny. Cuando lograron disparar, ya sus cabezas habían sido atravesadas y una nube roja cubría sus párpados. Las balas salieron ridículamente altas, clavándose en el techo del saloon. Los dos hombres murieron en fracciones de segundo, con la sensación de que Johnny no había tenido ni siquiera tiempo para disparar.

El tercer cuatrero resultó una presa más fácil, y por eso Johnny no se ocupó de él hasta el último instante. Su exceso de confianza estuvo a punto de costarle la vida, porque el último Talbot llegó a disparar. Si el dolor no le hubiera tenido agarrotados los músculos, habría hecho blanco. Pero crispado como estaba, su bala sólo llegó a rozar el cuello de Johnny Lancaster.

Este logró desviar el revólver a tiempo y atravesarle el corazón al primer balazo.

Guardó los revólveres y miró a sus enemigos.

Los cuatro Talbot, los cuatreros más temidos de Texas, estaban ahora muertos y yacían en confuso montón sobre las tablas del saloon, bañados en su propia sangre y en el whisky de las botellas que acababan de destrozar. Alguien dijo en voz baja:

—Han tenido una muerte digna de ellos.

El que acababa de hablar era el juez, quien sacó a continuación un habano del bolsillo de su chaleco y lo encendió parsimoniosamente.

—No sé si pedir fuego a uno de los Talbot— gruñó—. A lo mejor me lo dan.

—Lo que debe hacer es retirarles sus «Colt» y entregármelos solemnemente, juez.

—¿Para qué?

—He de regalarlos.

—Ah, ya.

El juez se acercó a los cadáveres, los volvió sin contemplaciones, les despojó de sus revólveres y se los entregó a Johnny.

Este, en silencio, salió del local.

Fue a casa del médico, donde estaban siendo atendidos su cuñada y su sobrino, y entró en la habitación de éstos. El niño dormía cuando Johnny depositó junto a su lecho aquella montaña de revólveres.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Elena—. ¿Es que te has vuelto loco, Johnny?

—El pequeño debe guardar estos revólveres. Son las armas de los hombres que mataron a su padre.

—¿Es que… los has ajusticiado ya?

—Les están haciendo un traje de madera en estos momentos.

—¡Johnny!

—No quería que mi hermano se aburriese en el otro mundo, Elena.

—Esa no es razón para que el pequeño necesite los revólveres de esos asesinos.

—Mejor. Si él llega a conocer un Oeste en el que los «Colt» no hagan falta, que los venda como chatarra,

Se acercó al lecho y apretó con fuerza la mano de Elena, que en parte había recobrado el color.

Elena pareció adivinar algo en el fondo de los ojos del hombre. Sin mirarle, como avergonzada, susurró:

—Qué distinto es todo, ¿verdad, Johnny?

—Es mejor de lo que hubiese sido. Él te merecía más que yo.

—Toda la vida has hecho igual, Johnny: irte más lejos. Buscar nuevos horizontes.

—¿Por qué dices eso?

—Porque sé que ahora te vas a ir también.

Johnny no contestó. Y ahora fue Elena la que apretó la mano

con fuerza.

—¿A dónde vas, Johnny?

—A Salt Lake City, a tratar de salvar a una mujer.

—Entonces no volveremos a vernos…

—Procuraré que no me maten porque ahora tengo hacia vosotros un sagrado deber. He de lograr que ese niño, ese hijo que pudo ser mío, se convierta en un hombre.

—Pero te matarán, Johnny. ¿No has pensado que un día u otro encontrarás a alguien más rápido que tú y acabarás dejando tus huesos en cualquier ciudad del Oeste?

—Siempre hay alguien que es más rápido que uno —sonrió Johnny—, pero yo espero encontrarlo cuando ya sea viejo.

—¿Marchas en seguida?

—En seguida, puesto que no tengo tiempo que perder. Pero volveré.

—Adiós, Johnny.

Johnny no la miró al salir. Ni tampoco al niño.

Un raro presentimiento le decía que no iba a volver de este viaje.

Salió a la calle, fue en busca de su corcel, lo ensilló y salió a galope en dirección noroeste, sin volver ni un momento la vista atrás.

Allí, a su espalda, quedaba también Nancy.

A ella tampoco volvería a verla nunca, nunca…

CAPITULO XI

Su caballo era bueno, Johnny sabía rastrear huellas y se puso tras la pista de los fugitivos.

Pero éstos debían hacer unas jornadas agotadoras y además obraban con una endiablada astucia, porque varias veces Johnny perdió su rastro, y cuando lo encontró no logró ganarles distancia.

Notó que los fugitivos no montaban campamentos durante la noche, y que dormían en las ciudades. Esto le tranquilizó respecto a la suerte de Gladys Faulkner, que poco daño podía sufrir en un lugar habitado. Sin duda la habían amenazado de muerte si decía una sola palabra, y ella callaba dejándose arrastrar por sus dos raptores hacia su desconocido destino.

Esta persecución implacable se prolongó durante doce días y doce noches.

Por fin, cuando Johnny Lancaster iba a atravesar los límites de Utah, su caballo enfermó, y para no tener que atravesarle la cabeza de un balazo —Johnny jamás mataba a un animal— tuvo que ir llevándolo de la brida a la población más cercana, donde lo dejó en una cuadra para que lo atendiesen y compró otro. Pero con esto perdió un día entero de marcha.

Cuando llegó a Salt Lake City calculó que sus dos enemigos y la muchacha debían llevar allí por lo menos veinticuatro horas.

Avistó la población al atardecer. Esperó a que anocheciera, para no llamar tanto la atención, y penetró en la ciudad al paso de su caballo.

Todo parecía pacífico y tranquilo, y daba la sensación de que esta ciudad no era la misma donde una mujer llamada el Diablo fue ahorcada poco tiempo antes.

Pero aquella paz era ficticia.

Cuando Johnny Lancaster estaba llegando aproximadamente al

centro de la calle Principal, una bala enviada con mortal precisión le rozó el cráneo y le hizo saltar el sombrero de la cabeza.

* * *

Johnny no esperó el segundo disparo. En fracciones de segundo se dejó caer a tierra por el costado opuesto del caballo, extrajo sus revólveres y dio varias vueltas sobre el polvo de la calle para desorientar a su enemigo.

Este hizo fuego otra vez, pero sólo consiguió levantar un surtidor de polvo. Johnny dio un salto y se parapetó en un porche, mientras trataba de localizar el sitio de donde habían partido las detonaciones.

Otro disparo.

Primero había sido un rifle; luego un «Colt».

Dos hombres.

«Frank y Tex Liman se han enterado de alguna manera de que yo iba tras sus huellas —pensó Johnny—. Y ahora han salido a recibirme…»

Los disparos habían partido de uno de los tejados de la calle Principal. Lo estaban, pues esperando, sabiendo que sin duda pasaría por allí tarde o temprano.

Johnny salió del porche, dio la vuelta al edificio y atacó el tejado por la parte trasera. Vio dos figuras que se deslizaban hacia abajo, intentando descender a la calle.

Johnny, desde abajo, les avisó:

—¿Cómo queréis vuestro ataúd, amigos?

Las dos siluetas se arrojaron a tierra, pero una de ellas no fue lo bastante rápida. Johnny Lancaster disparó una sola vez y supo que le había alcanzado mortalmente.

Oyó el ruido siniestro del cuerpo al resbalar tejado abajo y caer luego a la calle.

Pero —no supo por qué— tuvo la sensación de que los dos enemigos con los que se había enfrentado no eran Frank Yersel y Tex Liman.

Incluso uno de ellos —el que continuaba vivo aún— le traía a la memoria el recuerdo de algo siniestro, de algo que no podía precisar, pero que le producía como un escalofrío en las venas.

Se acercó cautelosamente a la zona de penumbra donde estaba

el caído. El otro había desaparecido como tragado por las sombras de la noche.

Johnny vio el rostro del muerto, que al principio no le recordó nada. Pero luego fue precisando sus pensamientos. ¿Dónde había visto antes aquellas facciones? ¿En qué lugar estuvo a punto de matar a aquel mismo hombre?

De pronto apretó los puños, recordando.

—¡Claro! ¡En Abilene, en el asalto al Banco Ganadero! ¡Aquel tipo era el único que quedó vivo de la cuadrilla del Diablo!

Pero entonces…

¡Entonces eso significaba que el Diablo estaba sobre su pista!

* * *

Johnny miró a su alrededor.

No se veía a nadie en toda aquella zona de la ciudad, como si todos los habitantes de Salt Lake City hubiesen desaparecido tragados por las sombras de la noche.

Sin enfundar los revólveres, caminando como los gatos por entre las tinieblas, Johnny fue avanzando.

El Diablo le había seguido desde Abilene —eso estaba fuera de toda duda— y en la última etapa del viaje le había adelantado llegando antes que él. Ese pensamiento era muy sencillo, pero en su misma sencillez indicaba una cosa: Que el Diablo había estado en Abilene mientras Johnny estaba allí.

El levísimo susurro de un cuerpo cerca del suyo le hizo olvidar bruscamente aquellos pensamientos.

Se arrojó a tierra en el momento en que la detonación sonaba, y otra bala le arrancó también cabellos. Su enemigo tiraba a matar como un endemoniado. No estaba dispuesto a perder tiempo con él. Quería verlo en un ataúd aquella misma noche.

Johnny vio una silueta y disparó nuevamente, pero tampoco pudo hacer blanco. Las tinieblas dibujaban mil sombras engañosas, desorientándole. La silueta se retiró.

Corría hacia atrás agazapada como una alimaña.

Johnny Lancaster le siguió.

Ninguno de los dos disparaba ahora para no revelar exactamente su posición. Durante tres largos minutos se persiguieron en las tinieblas como dos coyotes al acecho. Luego la sombra del Diablo

desapareció.

Johnny tuvo la extraña sensación de que la había visto escabullirse entre las paredes de una casa aislada.

Se acercó con las armas dispuestas. Sólo una breve fracción de segundo, un soplo le habría bastado para disparar. Llegó hasta la puerta, que estaba entornada.

Se dio cuenta de que allí detrás estaba el Diablo tenía que estar por fuerza allí!— y de que iba a descubrir uno de los mayores enigmas de la historia del Oeste.

Listo para disparar, Johnny acumuló aire en sus pulmones, dio un empujón a la puerta y entró.

Pero no hizo falta apretar los gatillos.

El Diablo le estaba esperando allí, de pie, con las manos caídas a la altura de las caderas.

—Hola, Johnny —dijo ella.

Johnny entreabrió los labios, asombrado.

Porque «ella» era Nancy Forrestal.

CAPITULO XII

Iba vestida con unas ropas oscuras, de hombre, que se amoldaban maravillosamente a su figura ágil y esbelta. Llevaba un cinto canana con un revólver. Su cabello estaba recogido en la nuca, pero había caído un mechón que le resbalaba por el cuello, acercándose a sus hombros.

Johnny intentó no asombrarse, intentó pensar que todo aquello, al fin y al cabo, era lógico. Pero el asombro le dominaba de tal forma que cuando cerró las mandíbulas éstas produjeron un chasquido.

—Esto tenía que llegar de un momento a otro —dijo Nancy por todo comentario—. Tenía que llegar…

—¿Te das cuenta de lo que significan tus palabras?

—Me doy cuenta de todo lo que haga falta.

—Entrégame tu revólver.

Nancy se desprendió del cinto canana con un seco movimiento y lo arrojó sobre Johnny, quien lo detuvo cuando el revólver estaba ya junto a su cara. Pareció sopesarlo pensativamente y luego lo dejó caer al suelo mientras decía:

—Tendrás que acompañarme.

—¿A dónde?

—Al cementerio de esta ciudad.

Nancy se estremeció.

—¿Quién eres, Johnny Lancaster? ¿Quién eres en realidad?

—No me llamo Johnny Lancaster. Me llamo Johnny Taylor. Johnny Lancaster era uno de los pistoleros contratados por el Diablo y yo llegué a enterarme de eso. Lo maté en desafío y ocupé su lugar. Justamente acababa de enterrarlo cuando recibí la carta diciéndome que el Diablo me necesitaba.

—¿Eres un detective de la Agencia Pinkerton? ¿Un federal?

—Un federal.

Nancy se estremeció otra vez, ahora más intensamente.

—¿Qué es lo que pretendías al hacer eso?

—Situarme dentro de la banda del Diablo y aniquilarla. Eso ya lo conseguí prácticamente en Abilene. Pero me faltaba aplastar la cabeza.

—Y la cabeza soy yo, ¿no?

—Preferiría que te defendieses, Nancy. Preferiría que supieras luchar como has luchado hasta este momento.

—¿Qué importa? Yo sé cuándo ha llegado la hora de perder.

—Vamos al cementerio.

—¡Estás loco! ¿A qué hemos de ir allí? ¿Es que no tienes bastante con haber hecho tu condenado trabajo?

—Mi trabajo no ha concluido aún.

La amenazaba firmemente con el revólver. Parecía dispuesto a disparar y volar la cabeza de la muchacha como había volado otras cabezas antes de aquel momento. Ella se encogió de hombros y echó a andar hacia la puerta, abriéndola. Johnny guardó sus «Colt» cuando salieron a la oscura zona de calle donde se encontraba la casa.

En silencio echaron a andar hacia el cementerio, rehuyendo la calle Principal. Johnny iba unos pasos detrás de Nancy. El silencio más absoluto les envolvía por completo.

Sólo el rumor de sus pisadas rasgaba la calma siniestra de la noche.

Llegaron al cementerio.

Pocas semanas antes, oculto tras unos árboles, Johnny había visto cómo era sepultado el ataúd donde descansaba el cadáver del Diablo. Ahora, sin vacilar, se dirigió hacia el sitio donde estaba situada la tumba. Nancy se detuvo a unos pasos, mirando fijamente la lápida.

Cualquiera se hubiese preguntado si había resucitado de allí. Si lo que ahora estaba delante de Johnny era una mujer o un fantasma.

Un farol se acercó a ellos temblorosamente, como un parpadeo de las propias sombras.

—¿Quién está ahí?

La voz surgía de junto al farol. Johnny vio al único guardián que

tenía el cementerio, quien les encañonaba con un «Winchester».

—No se preocupe, amigo, no venimos a robar nada —dijo el federal mostrando su placa—. ¿Cuánto cobraría usted por sacar el ataúd que hay en esa sepultura?

—¿Por sacar queeeeé…?

—Lo he dicho bien claro. El ataúd.

—¿Y para qué cuernos lo quiere?

—Quiero emplearlo para guardar tabaco.

El vigilante abrió la boca y luego la volvió a cerrar. Vio a Nancy, que miraba la sepultura como una obsesionada, y comprendió que algo muy extraño ocurría allí. Pero tenía la oportunidad de ganarse un buen montón de dólares. Dijo:

—Cuarenta pavos.

—Los tendrá.

El guardián dejó en el suelo el farol y el rifle, se retiró unos pasos y volvió a aparecer con una pala. Empezó a trabajar sin hacer ninguna pregunta, mientras Johnny y Nancy le contemplaban en silencio.

Sólo cuando la herramienta tropezó con la madera del ataúd, dijo el vigilante:

—¿Ya saben que aquí está enterrada una mujer que murió hace poco en la horca?

—Lo sé.

—El cadáver estará…, en fin, estará poco presentable. No creo que les dé mucho gusto verlo.

—Si aquí hay lo que me imagino, va a ser mucho menos violento de lo que usted cree —dijo Johnny.

El guardián jadeó.

—Allá usted. Yo estoy acostumbrado…

Retiró las últimas paletadas de tierra, acercó más el farol y abrió de dos secos golpes la tapa del ataúd.

Cuando vio su contenido lanzó una exclamación de estupor, de asombro. Pero ni Nancy ni el joven despegaron los labios. Ellos no se sorprendieron.

Porque dentro del ataúd había tan sólo dos grandes sacos de arena.

Johnny se volvió hacia Nancy, y a la luz temblorosa del farol brillaron sus ojos como los de una fiera solitaria del desierto.

—¿Cómo lograste salvarte? —susurró.

—El hombre que tenía que ahorcarme, un joven llamado Sammy, estaba enamorado de mí.

—¿Hizo el lazo de forma que colgases de las mandíbulas, en lugar de colgar del cuello?

—Era el mejor experto en lazos que he conocido. Me advirtió segundos antes de que se abriera la trampa. Yo me estremecí de dolor y luego quedé quieta. Él me puso inmediatamente la capucha negra para que nadie notara la farsa. No sé cómo pude resistir la media hora espantosa que me tuvieron así. La cuerda, pasándome por debajo de la mandíbula y por detrás de los oídos, no me ahogaba, pero parecía ir a arrancarme la cabeza.

—¿Cómo consiguió engañar a todos durante el entierro?

—El mismo fue quien me puso en el ataúd. Me sepultaron inmediatamente, y por la noche él mismo vino a sacarme. Yo estaba ya medio asfixiada. No sé cómo, pude vivir. Colocó en la caja dos sacos de tierra, para que si alguna vez la removían no notaran nada extraño, y luego dijo que nunca más me vería. Que se marchaba a México porque si lo que había hecho se descubría alguna vez, le colgarían sin remedio.

Johnny movió bruscamente el brazo derecho, tiró del cuello de la camisa negra de Nancy, desabrochándola, y vio en el cuello de ésta la terrible marca de la cuerda.

—¿Es que creías que te había mentido? —susurró Nancy.

—Sabía que no.

—A causa de esta marca llevaba siempre vestidos muy cerrados. Creo que nadie lo notó.

—No, nadie… —los ojos de Johnny eran más lejanos, más grises e inhumanos que nunca—. Nadie… ¿Y luego volviste a Abilene?

—Eso fue lo que hice.

—¿Sabes que hay pruebas suficientes para ahorcarte otra vez? ¿Y sabes que ahora no encontrarás a nadie que esté dispuesto a jugarse la piel por ti?

—Lo sé.

Nancy Forrestal no vacilaba. Parecía aceptar su suerte tal como era. ¿Significaba aquello que tenía la sangre fría de los asesinos o el temple de los héroes?

Nadie hubiese sido capaz de decirlo.

Johnny susurró:

—Lo siento. Eres la mujer que más he amado en mi vida. La única mujer que nunca podré olvidar.

—Demasiado tarde, Johnny.

—En efecto —dijo entonces calmosamente una voz a su espalda —. Es demasiado tarde para todo… excepto para morir.

Johnny se volvió sin prisas, sin inmutarse, sabiendo lo que iba a encontrar a su espalda.

A la luz incierta del farol, dos sombras se recortaban a poca distancia. El brillo mate y siniestro de los revólveres destacaba a la altura de sus cintos.

—Sabía que terminaríais por encontrarme —dijo el federal con una extraña calma—. Frank Yersel y Tex Liman… Buena pareja de buitres para una noche como ésta.

—Tú te has buscado esto, maldito. Nos has venido siguiendo desde Abilene como si fueras nuestra sombra.

—Pretendía salvar a una mujer inocente.

—Tiene gracia —rió Tex Liman.

—¿Qué es lo que tiene gracia?

—Que te dediques a salvar mujeres tú, que has matado a tantos hombres. Entre ellos al verdadero Johnny Lancaster…

El federal pareció sorprendido por primera vez, aunque esto sólo se notara en el leve fruncimiento de sus labios.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Casualmente hemos tropezado con un tipo que antes repartía la correspondencia en Phoenix, Arizona, y que te entregó una carta cuando tú acababas de enterrar a alguien que se llamaba Johnny Lancaster. En aquel momento le pareció que estabas gastando una macabra broma a alguien, pero luego recapacitó. Se dio cuenta de que aquello era algo más importante. Claro que para entonces tú ya no estabas en Arizona.

—En efecto, maté en desafío a Johnny Lancaster. Mi verdadero nombre es Johnny Taylor, y soy agente federal. Hay poca diferencia.

—Dentro de poco, cuando tengas varias balas en el cuerpo, la diferencia será menor aún…

—¿Dónde está Gladys?

—En un hotel de la ciudad. No ha sufrido ningún daño… por

ahora. Y tú podrías salvarla si nos mataras, pero eso va a ser imposible, amigo… ¡porque te mataremos a ti!

Tenían ya los revólveres en las manos. No podían fallar. Apretaron a la vez los gatillos mientras lanzaban una carcajada.

Ninguno de ellos contó con que Johnny tenía el farol al alcance de su pierna derecha.

La movió instantáneamente, mientras se encogía y «sacaba» a su vez. El farol encendido voló hacia los dos hombres y éstos se encogieron instintivamente. Sus balas salieron desviadas ligerísimamente. Perdieron con ello la décima de segundo que en un desafío separa la vida de la tumba.

Johnny disparó a su vez, casi sin sacar los revólveres de las fundas.

Frank Yersel, que recibió plomo en el corazón, se encogió y rodó hacia adelante hecho un ovillo y hundió para siempre su rostro en la tierra sin poder pronunciar una sola palabra. Tex Liman, herido en un pulmón, se dobló sacudido por un vómito de sangre y tuvo que soltar sus armas.

Johnny se precipitó hacia él.

—No te muevas y perderás menos sangre. Haré venir a un médico.

—Es inútil… Por lo visto te enseñaron… que cuando uno tira tiene que tirar a matar…

—Puedes salvarte si no te mueves.

Tex Liman se revolvió. Sus ojos parecieron mirar hacia el infinito, hacia la noche siniestra del cementerio.

—He oído todo lo que decías a esa mujer… Es increíble…

—No te preocupes ahora por eso.

—Déjame morir… con mis revólveres…

Johnny se los puso al alcance de sus manos. Se fio de él. Sabía que los pistoleros como Tex Liman tenían también una especie de código de honor en el momento de la muerte.

—Gladys está… En el hotel Excelsior… —susurró el moribundo —. Sana y salva… Has ganado tú…

—No hables…

Se volvió hacia Nancy Forrestal. Esta estaba quieta, rígida como una muerta, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

—¿Sabes que has podido huir? —preguntó Johnny—. ¿Te das

cuenta?

—Huir es inútil ya. Debe estar escrito que en Salt Lake City tiene que estar mi tumba.

Hubo entonces en los labios de Johnny una extraña sonrisa.

—¡Qué buena chica eres, Nancy!

—¿Qué… qué buena chica soy?

La joven estaba tan asombrada como si oyera hablar a un fantasma.

—¿Me tomas por tonto? —silabeó Johnny—. ¿Crees que no me he dado cuenta antes, al oler tu único revólver, de que no habías hecho ningún disparo con él? Además, ¿cómo ibas a asaltar tú el Banco, si estabas conmigo en aquel momento? ¿Piensas que no sé que con tu sacrificio intentas salvar a alguien por quien ya diste la vida una vez? ¿Y no te das cuenta de que yo sé que ese alguien es…?

Se volvió con la rapidez del rayo, mientras a su espalda sonaba una maldición. Tiró a desarmar al hombre que había surgido de entre las tinieblas, armado con dos revólveres que ya le apuntaban.

Una de las armas saltó. La otra pudo apuntar a la cabeza de Johnny…

Este se dio cuenta de que no podría ser lo bastante rápido, de que iba a morir.

Sonó un disparo.

Y otro.

Y otro…

El hombre del revólver se dobló, alcanzado mortalmente, y cayó de bruces a tierra mientras Tex Liman, con los revólveres todavía humeantes, miraba a Johnny con ojos vidriosos.

—En el fondo… —jadeó— no eres mal muchacho… Estoy contento… de haber hecho esto…

Y lanzó una bocanada de sangre en la que iba mezclado su último suspiro.

Johnny le cerró lentamente los ojos y luego miró el nuevo cadáver.

Forrestal, el padre de Nancy, tenía las facciones medio destrozadas por los balazos, pero aun así se le reconocía perfectamente.

—Lo supe… cuando regresé de la Universidad… —sollozó

Nancy a su espalda—. Llevaba una doble vida, presentándose en Abilene como un potentado durante el día y matando y robando durante la noche. No pude soportar la idea… de que mi vida de señorita aristocrática hubiera sido pagada con eso… Pero le quería porque era mi padre, y cuando por la denuncia de Faulkner le persiguieron hasta cerca de esta ciudad, yo ocupé su puesto en aquella cabaña vistiéndome unas ropas suyas… El aceptó mi sacrificio. Era como un loco, Johnny, como un loco… Lo último que me dijo fue que escribiera tres cartas a tres hombres distintos porque ellos me vengarían. No sé por qué obedecí. Luego, al enterarse de que me había salvado, regresamos juntos a Abilene. Allí nadie nos conocía por nuestra verdadera identidad. En el camino, entregó mil quinientos dólares dentro de un sobre a una mujer para que ésta los hiciera llegar a los tres hombres que ya debían estar en Abilene, por medio del conductor de una diligencia.

Estalló en un sollozo. Le costaba continuar.

—Cuando tú marchaste de Abilene yo te seguí, Johnny… —susurró al fin—. Oí aquella conversación en que dijiste a los cuatreros que la mujer a la que habías atendido era la viuda de tu hermano. Como estuve tanto tiempo fuera y además tú llevabas otro nombre y vivíais tan lejos, me di cuenta de quiénes erais. De pronto advertí que te quería, de que no podría vivir ni morir sin ti. Fui detrás de tus pasos, y mi padre, deseando eliminarte porque eras un grave peligro, fue también. Llegamos a Salt Lake City poco antes que tú, y él preparó una emboscada. El resto ya lo sabes. Yo continuaba teniendo aquellas ropas y estaba dispuesta a sacrificarme otra vez…

Johnny se puso en pie.

Se acercó a ella lentamente.

Muy lentamente.

La tomó en sus brazos y ella sollozó sobre su pecho.

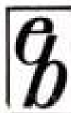
—Usted será testigo —dijo Johnny al guardián, que estaba escondido dentro de la fosa—. Mañana habla-remos con el sheriff. ¿Querrá ser también testigo de otra cosa?

—¿De qué más? —gruñó el guardián, no creyendo aún que pudiera ser cierto todo lo que había visto.

Y Johnny dijo con un soplo de voz:

—De una boda…

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain